

*Ha llegado la fecha. La vida o la muerte no
opinaron lo contrario. Hoy cumpla sesenta
años.*

Sesenta vueltas al Sol

Carlos Acosta

Cuarto premio estatal de memoria para el adulto mayor 2014



*evitar mirarme a los veintinueve, en el cuarto de
ayotea del edificio de la calle Pitágoras, en
medida a la granel universo de luces que a las
precia, desde la ventana,
do en que no iba a
enta. No es un
o que transcribo
lla edad. Tenía
— para que por mi
ideas.*

Sesenta vueltas al Sol

COLECCIÓN 
AGUA FIRME

Sesenta vueltas al Sol

Carlos Acosta

Cuarto premio estatal de memoria para el adulto mayor 2014



Tamaulipas

GOBIERNO DEL ESTADO

Sesenta vueltas al Sol
© Carlos Acosta
Primera Edición 2015

ISBN: 978-607-8222-97-1

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales
*Directora General del
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Fotografía del autor:
Karla Acosta

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)
Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)
Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101
Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

Este libro está dedicado
a personas y lugares, momentos y paisajes,
aquí nombrados;
que nada es invención
si se atisba en la memoria.

Escribir

Yo escribo porque soy de Tampemol, que en lengua tének quiere decir lugar de panes; porque anduve descalzo sus calles, lodosas en verano, polvorientas en invierno; porque en el solar de mi casa había un ciruelo que a la luz de la luna lucía fosforescente.

Por Jacobo y Adelaida, guitarra y bondad, mis padres a dúo; por la profesora Eva, quien salvó mi infancia; por los abuelos Mateo y Cristina, su tienda en el poblado y el patio muy grande, donde jugaban un eucalipto, el brocal de la noria, la casa de adobe, el molino de nixtamal y el aroma nocturno de los naranjos en flor.

Escribo porque a los diez años emigré del pueblo con media familia y la otra mitad nos alcanzó después; por el nuevo paisaje: los ventarrones de marzo, los aguaceros de mayo, los amigos de entonces que juré para siempre: El Pay, Cali, Gerardo, Joaquín, pero el azar, ese traidor, ya había trazado caminos distintos y distantes.

Porque emigré de la casa paterna a los dieciocho a vivir años gloriosos en una de las ciudades más grandes del mundo; por las caminatas de tarde bajo la llovizna desde calle Pitágoras hasta La Casa del Libro, anunció desde entonces que la vida sería un constante andar y andar. Por

el cuarto de azotea en un edificio de diez pisos, la vida con Miguel Ángel, y el ventanal panorámico donde mirábamos, de noche, hipnotizados, un horizonte infinito de luces.

Porque un día me fui lejos, muy lejos, a un lugar que sólo conocía por su nombre en el mapa y en ese lugar encontré el amor cuando me hice novio de Esperanza.

Yo escribo porque casi nunca estoy en paz, siempre hay algo que me duele: una ciudad, un perro, un hombre solo, un país. Siempre hay algo que me indigna: el árbol roto, la desmemoria, una mujer desterrada, un país.

Escribo porque soy un hombre de secretos, los cuales parecen asomar en las letras de cada verso, y a veces, al terminar el párrafo, me viene la sensación de que una gota de júbilo se hace torrente en las venas.

Para indagar quién soy, a qué vine a este mundo. Porque sé que no hay respuesta para tales preguntas. Escribir sólo es un paliativo mientras vuelven, y a veces con más fuerza, las mismas, u otras interrogantes.

Porque hubo un tiempo en que fui muy alegre y ahora, desengaños de por medio, suelo ser un hombre amargo.

Porque al paso de los años encontré amigos que también escriben: Loida, Ausencio, Miguel Ángel; los que un día quisimos nombrar el mundo en diez idiomas e intentamos derrocar el caos con la palabra escrita. Por su vida agrietada. Por nuestra vida agrietada.

Escribo porque una tarde, todavía siendo niño, dije por primera vez adiós, sin saber que, justo esa palabra, sería la que en el transcurso de mi vida habría de pronunciar con más frecuencia.

Escribo porque estoy vivo. Y porque me gusta sentir que estoy vivo.

A costa del corazón

El Niño

El Niño era un hombre. Yo, era un niño. El pueblo, sin que nadie más que quienes lo habitábamos lo supiera —y con eso era suficiente— andaba, con muchos apuros, en los mil habitantes y el siglo veinte estrenaba, a tientas, la segunda década de su segunda mitad. En las calles sin pavimento, fangosas en verano, muy frías en invierno, en su lomo negruzco, iban quedando efímeras huellas de mis pequeños pies. Y es que, una buena parte de la niñez, entre primaveras y otoños, la viví feliz, sin camisa y descalzo. Los inviernos ya eran otra cosa: los pasaba encerrado en casa, metido en la cama, entre colchonetas y cobijas, acosado por devastadoras enfermedades respiratorias; entre jarabes e inyecciones, colmado de cuidados maternos. Así fue, justo en los amaneceres de aquellos días, cuando despertaron mis primeros asombros —ojos muy abiertos, suspenso el aliento— al ver una gran mancha de mariposas que, de norte a sur, pasara volando frente a mi ventana.

El Niño era un hombre, ya lo dije, un hombre alto y adelgazado que medía casi dos metros de estatura. Nunca supimos el por qué del sobrenombre. Tal vez por su réir

sardónico, quizás por su inocuidad para con el pueblo, o a lo mejor debido a la aparente fragilidad de su andar desgarrado. Nadie nunca supo su edad ni de dónde provenía. Deambulaba por las calles —aquellas, las muy solas en invierno— borracho las más de las veces. Iba y venía con andar de equilibrista, mascullando un extraño lenguaje que nadie, jamás, comprendimos. Era el hazmerreír de la gente. Los muchachos mayores le jugaban bromas muy pesadas: le hacían creer que los orines vertidos en un envase de cerveza eran cerveza y se lo daban a tomar. *El Niño*, ciego de embriaguez y con la ansiedad del alcohólico, tomaba de un trago el bebedizo. Pero, borracho y todo, enseguida se daba cuenta y lo escupía maldiciéndolos. Ellos se botaban de la risa, corrían y desde lejos se burlaban. Él, se les quedaba mirando, parecía que de un momento a otro se abalanzaría sobre ellos. Pero no. Los niños pequeños a veces lo apedreaban, según el decir del pueblo, porque le tenían miedo. Yo nunca le tuve miedo. Es un alma noble, decía mi madre, no le hace mal a nadie.

A veces pienso que no es tan bueno que los hombres dejemos de ser niños. Claro, esta es una idea absurda. Pero cuando veo la rutina y la prisa en que vivimos, el mundo de apariencias y convencionalismos que hemos creado; cuando no encuentro la paz que la edad prometía y entre más años vivo, menos me comprendo; cuando veo a mi alrededor a mis semejantes y descubro en ellos mis simplezas y aberraciones; cuando de día, sin causa aparente me vienen ganas de cantar y en las madrugadas no duermo; cuando nada sé...

A veces pienso que cuando el niño se convierte en hombre o la niña se vuelve mujer, adultos quiero decir,

algo sagrado se pierde para siempre; algo que ayudaría mucho para vivir, que nadie nunca podremos definir, pero cuya ausencia vuelve al ser humano una criatura irremediable.

A veces pienso.

Y vuelvo, me gusta hacerlo, al rincón en donde moran, escondidos, los seis años. Y ahí, desde la ventana de mi casa, quedo absorto mirando la mancha interminable de mariposas que ante mis ojos, volando, pasa; y detrás de ellas, como pastor que cuida a su rebaño —andar cansino, mirada vidriosa— el hombre niño.

Cuando *El Niño* andaba sobrio, ejercía diversos trabajos. Las amas de casa lo llamaban para que limpiara los solares enmontados, para que fuera a la tienda de la plaza a comprar el petróleo de la estufa o al arroyo a traer cuatro cubetas de agua para consumo doméstico.

El Niño iba y venía por el pueblo, siempre con un cargamento en la espalda y con su risa de dientes grandes y descuidados. Su pantalón de mezclilla, de pechera y tirantes, su andar lento y su sombrero raído, ahora mismo se recortan con absoluta nitidez en el horizonte de los recuerdos. Véanlo ustedes que ahora, merced a estas letras conocen parte de su historia; véanlo cómo arrastra los pies cuando camina; viene sudoroso, los ojos entrecerrados por el perro sol del mediodía, la piel agrietada y en los hombros un fardo de leña que bien podría soportar, no sin cierta dificultad, un animal de carga; ¿lo ven?... va dejando por donde camina, un reguero de ternura... ése es *El Niño*...

Abuela María

No vivía con nosotros. Venía a casa y se quedaba por temporadas cortas, que a mí, siempre me parecieron fugaces. De acuerdo con las fotografías, que luego, al paso de los años, he visto, deduzco que fue una mujer bella. Yo la recuerdo ya en su edad mayor: piel blanca, ojos vivaces, cuerpo menudo, grácil mentón. Hablo de mi abuela María, madre de mi padre, que de vez en vez, nos visitaba en aquellos días cuando los nueve mayos me rondaban, allá, en el pueblo de los panes.

Ya en otras ocasiones escribí de mis recuerdos y lo hice como si éstos fueran fotografías. Hoy lo haré, como si los hechos sucedieran en una obra de teatro.

Primera escena:

Un día de aquellos, mientras mirábamos, ella y yo, el maizal ya muy crecido, me descubrió una lesión en la piel, justamente en el cuello. Varias ronchas, que producían comezón y escozor habían amanecido conmigo y, al paso de las horas, enrojecían más y se extendían. Ven para acá hijo, te voy a curar. Me acerqué con la fe ciega, si es que la expresión no es pleonismo, que un niño, de manera natural, siente ante las palabras de la abuela. Además, su singular

manera de mirarlo, no podía dar lugar a sensación de ninguna otra índole en el nieto. Ella miró detenidamente la lesión, lo pensó dos veces y murmuró, espera, ahorita vengo. Fue a la cocina, trajo un limón partido por la mitad. Se acuclilló y en su mano izquierda juntó un montoncito de tierra fina. Con la otra mano exprimió el limón sobre el medio puño de tierra. Luego, con movimientos suaves, sin prisa, fue aplicando aquella especie de cataplasma en la piel afectada. Deja que seque, dijo una vez que la parte enferma quedó cubierta por el remedio casero. Un rato después, dos, tres horas, no lo sé, para un niño el tiempo pasa y no, indicó que me podía lavar el cuello. Lo hice. Las lesiones dérmicas habían desaparecido.

Segunda escena:

A finales de los años sesenta, del siglo veinte, por supuesto, egresé de la escuela secundaria. Ahí, en esa ocasión especial, está mi abuela María Ruiz. Hemos emigrado del pueblo. Vivimos ya en la ciudad. Y hasta allá es que ha ido. La veo con su vestido blanco, su peinado de chongo hacia arriba —ofrezco disculpas por no decir el nombre preciso del peinado de moda de aquellos años, pero esas son algunas de las cosas que nunca memoricé—, su sonrisa pícara y su mirada, siempre su mirada, vivaz. Yo estoy con un traje oscuro, camisa blanca, corbata delgada y zapatos boleados. Primera, no sé si única vez, que en aquellos años, ando de catrín. Pero es que, debo decirlo, en aquel tiempo, el hecho de terminar la escuela secundaria, era un logro al que no cualquier chico del país, y sobre todo de nuestras condiciones sociales y económicas, tenía acceso. Esta última reflexión no pasaba ni de casualidad por mi mente en aquellos años. Lo que

sí, es que, y esto no puedo omitirlo por ningún motivo, mi familia toda, mi abuela María y yo, estábamos felices. Y eso no es poca cosa.

Escena tres:

Curso el segundo semestre en la carrera de médico cirujano. Vivo en la Ciudad de México. Es otoño. Mi abuela María, enferma de cáncer, pide a mi padre que me lleve a visitarla. A ver qué le dice su nieto, el que va a ser médico. Pobre abuela, si supieras que nada sabía, que nada sé abuela. Ahora ella vive al occidente del país, cerca de Guadalajara. Y allá voy. Tomo el autobús en la noche y al otro día estoy de pie frente a una clínica del Seguro Social. Es una mañana fresca. El sol incide en los desvelados párpados y no los hiere, demasiado heridos vienen ya, luego de una noche sin dormir. Estoy triste, es cierto. Después de mediodía, por fin, puedo entrar a verla. Ahí está ella, con su cuerpo adelgazado, su piel blanca, su perfil de libanesa y su mirada, siempre su mirada, vivaz. Está en una silla de ruedas. Me acerco. Le doy un beso. Observo sus ojeras, sus lindas ojeras, ¿ya las había mencionado?, ahora mucho más pronunciadas, más del color de las uvas maduras, pero sin lágrimas. No recuerdo exactamente qué dije, creo que fueron algunas preguntas acerca de su enfermedad. Yo era un muchacho asustado, no otra cosa. No sabía ni la O por lo redondo de la patología de mi abuela. Pero ella creía en el nieto que iba a ser médico. Como pude, le dije cuatro o cinco palabras. Ella intuyó que lo único que yo podía ser, en esos momentos, era un manojito de tristeza y miedo con apenas diecinueve años en los hombros. Estuvimos poco tiempo juntos,

porque en los hospitales, al menos en aquella época, no permitían visitas permanentes.

Escena final:

En unos meses más, mi abuela, María Ruiz Luvían, murió. No estuve presente el día en que la sembraron en tierra. En mi cuarto de azotea, donde vivía, en la capital del país, esa noche miré largo rato por la ventana el horizonte poblado de luces. Nunca más, pensé, aunque pasen millones y millones de años nos volveremos a ver. Lo que en aquel momento hice, fue recordar, en apenas unos instantes, su historia: Mi abuela María, tuvo siete hijos de cuatro padres diferentes. Blanca, Jacobo (mi padre), Guillermina, Beneranda, Guadalupe, Socorro y Luis. Vivió la vida como le vino en gana, como quiso o como pudo, o como pudo y quiso, quién lo sabe. Pero eso sí, sin darle importancia alguna al qué dirán de doble filo ni a las tradiciones rancias. En todo caso, fue una mujer fiel a sus razones —o sinrazones— interiores, y eso, desde aquellos diecinueve mayos —y hasta el día de hoy— ha sido una muy buena razón para honrar su memoria.

Se cierra el telón:

Ahora, luego de tantos años, estoy aquí escribiéndole, tal vez en un intento por preservar su recuerdo. Acto amoroso éste, quiero creer. No es la primera vez que lo hago. Ya en dos o tres ocasiones escribí de ella, para ella, por ella. No sé si mañana u otro día lo haré de nuevo. Uno no escoge al personaje para, a garabatos entrañables, anunciar bocetos, contar historias, trazar perfiles. Es el personaje quien te escoge, te nombra desde un lugar desconocido, te llama en sueños. Entonces uno despierta un poco antes de las seis de la mañana, todavía con residuos

de oscuridad en los ojos, camina lento, llega a tientas hasta la mesa del comedor.

Y se pone a escribir.

Huasteca

De aquí somos.

De este trozo de horizonte acosado por el sol y bendecido por el agua. Aquí nacimos. Hace mucho tiempo paseamos la niñez entre las calles anchas de un pueblo que fundaba su belleza en el silencio. El sol rabioso del verano quemando las mejillas. El aire fresco del otoño untado en las manos, en los párpados, ondeando manso entre los cabellos.

Aquí vivimos.

A veces, cuando agoniza la tarde nos viene desde lejos un huapango. El violín es alegría y lamento. La guitarra quinta —vibrar incesante de cuerdas— de algún modo algo celebra. La pequeña jarana, humilde, feliz, hace cabriolas y muy de cerca nos acompaña. Una voz desgarrada la garganta y se rompe en falsete momentáneo. Entonces sabemos qué tan cerca se encuentra la risa del llanto.

Aquí somos.

A veces, cuando llega el alba, nos viene el trajín de la vida en la algarabía de los pájaros. A veces nos dice al oído, secretos, el silencio. Y nunca hay por qué sin respuesta.

Nunca pasión sin dolor. Nunca unos ojos de mujer sin huapango en la huasteca.

Aquí morimos.

En esta porción de tierra muy cerca del cielo y a merced del infierno. Alguna vez fuimos, en las voces de los ancestros, un sueño. Porque bien se sabe que los huastecos no somos otra cosa sino sueños. Vivimos un ciclo de luz entre dos eternidades. Andamos como a la deriva de la cuna a la tumba. Nos acompaña una mujer, un hijo, un pedazo de tierra, un huapango. Y nada nos pone en paz con nosotros, sino descubrirnos perecederos y eternos.

De aquí somos.

Hay un río que baja de la sierra. Río que brota allá lejos, en donde nace el agua de la piedra. Sagrado río. Manantial de vida que se arrastra por entre la hierba, va por los cañaverales y, sin aspavientos, así como si cualquier cosa, nos desemboca en el pecho.

Hay un río en la huasteca cuyas aguas, día con día nos salvan, nos mantienen vivos, nos endulzan, nos amargan. Hay un trozo de horizonte que es muy nuestro. Hay una huasteca que cada uno de nosotros lleva dentro.

Locutor

Llegamos a la ciudad cuando yo pisaba el peldaño número diez. Marzo apenas abría los pétalos de sus primeros días y una ventisca polvosa soplabá del norte. Luego de instalar en la nueva casa nuestras pertenencias, aquella misma noche salimos —madre y dos hijos— a caminar calles desconocidas, explorar otros asombros, descubrir nuevos miedos.

Veníamos del pueblo pequeño, perdido allá por el sur del estado. La capital se mostraba ante nosotros como isla salvadora a navegantes extraviados. Anduvimos por las calles céntricas, mudos ante los aparadores; deambulamos por el boulevard diecisiete, los árboles altos, el olor del césped; descubrimos el estadio, la plaza cívica, la biblioteca; el gran mapa de Tamaulipas en relieve en el piso, con el nombre de todos los municipios. El silencio de mi madre nos decía: aquí pasaremos el siguiente lustro de nuestras vidas, sabremos de inviernos y nostalgia, de algarabía y dolor. Aquí seremos felices.

Llegamos a vivir por el rumbo de lo que entonces era la periferia de la ciudad hacia el norte. Cerca de las viviendas populares. Y ahí, en aquella casa de adobe vigilada de

cerca por un huizache, se me fue haciendo costumbre desde los primeros días, oír la radio de los vecinos. Muy próximas una de otra, las casas compartían ruidos, pláticas, secretos y, por supuesto, la programación radiofónica. Nunca como en aquellos días el sonido del acordeón fue tan dulce.

Como habíamos llegado casi al final del ciclo escolar, mi madre encontró para mí lugar en una primaria de turno vespertino. Mi hermano iba en secundaria y había empezado a tiempo el año. De hecho, mi madre y yo nos fuimos siguiéndolo. Y aquella fortuita circunstancia de mi horario escolar por las tardes, fue la que me permitió pasar toda la mañana en casa. Y de esta manera, escuchar la radio de los vecinos desde temprana hora.

Y es aquí a donde quería llegar: muy temprano, ocho y media o nueve de la mañana, no sabría precisar con exactitud, escuchaba la voz del locutor quien, invariablemente, iniciaba su programa diciendo unas palabras que casi desde la primera semana aprendí de memoria y que, como aquí se puede ver, nunca olvidé. Cuando vayan mal las cosas —decía con voz sonora y suave—, como a veces suelen ir; cuando ofrezca tu camino sólo cuestras que subir —la música de fondo alegre, alegre—; cuando tengas poco haber, pero mucho que pagar —y el niño de diez años arrobado— y precisas sonreír aun teniendo que llorar; cuando ya el dolor te agobie y no puedas más sufrir —corazón acelerado al parecer sin razón— descansar hermano (así decía él: hermano, aunque luego, ya mayor, supe que esa palabra no está en el texto original), descansar hermano, acaso debes, pero nunca desistir..

Nunca supo Carlos Adrián Avilés, no tendría por qué haberlo sabido, que a un niño, anónimo como el que más,

con diez años en la mochila, recién llegado a la ciudad, se le humedecían los ojos cuando lo escuchaba en la radio de los vecinos.

Tres meses después nos alcanzó la otra parte de la familia: padre, hermana y el menor de la casa. Y desde entonces nos convertimos en una familia muégano.

Así es como sucede con las cosas sencillas, con los sucesos que nos marcan de por vida. Uno hace o dice, sin pensar en la repercusión que sus actitudes o palabras tendrán en quienes lo escuchan.

Ahora, luego de tantos años, aún recuerdo las palabras del locutor de la programación matutina de la XEGW. Y otra vez, un oleaje sube a las mejillas. Y me digo, como pecando de egoísmo inofensivo y vano: en quién se quedará uno de mis versos. Tal vez en un árbol, quizás entre las nubes.

Luego nos cambiamos de casa. Una, otra, muchas veces. Vivimos en el centro, al oriente de la ciudad, cerca de la estación del tren, hacia el sur. Hubo casas en que sólo estuvimos dos meses. ¿La razón?, nunca la supe. Ya escribí alguna vez, que nosotros, mi familia quiero decir, nacimos para decir adiós; y que nunca tuvimos deseo ni apuro por impugnar ese destino. Incluso ahora, luego de muchos años hemos seguido, yo por lo menos, viviendo aquí y allá, entre una ciudad y otra, o en la misma zona urbana, pero por diferentes rumbos. Barrios como meses, casas como años.

Después, quizá por la fuerza de la costumbre, los otros dos años de primaria los seguí cursando en escuelas vespertinas. Mi padre empezó a trabajar, con su guitarra en serenatas y cantinas; y mi madre se fletó en la

máquina Singer cosiendo ropa ajena. De este modo, al cabo de unos meses pudimos tener en casa nuestro propio radio. Era un Philips de bulbos, con el que mi padre llegó a casa diciéndonos que no había en el mundo otro aparato mejor que aquel. Y que claro, luego de dos o tres meses lo vendió. Pero ahí no acabó la cosa: enseguida nos trajo otro mucho mejor, decía entusiasmado. Y al cabo de un mes lo volvió a vender. Entonces, ese fue otro de los rasgos que nos caracterizaron: llegamos a tener el triple, en cantidad de radios, como casas en las que vivimos. De transistores, pequeños, medianos, consolas elegantes, antiguos, de onda corta, onda larga. Si en algo nos volvimos expertos, fue en casas, radios y relojes.

Pero lo de los relojes lo contaré en otra oportunidad, porque ahí sí, me puede mucho la tristeza.

A veces pienso y me gusta creerlo, que las palabras amadas de mis padres en esos años, eran justamente esas: irse, cambiar, no volver...

De esa manera pude escuchar ya de cerca las palabras que ahora sé, fueron escritas por Rudyard Kipling, en la voz de don Carlos Adrián. Días y días lo hice. Ahora mismo, mientras escribo, me parece estarlas oyendo. Y nunca me sonaron repetitivas. Por el contrario, siempre dejaron sabor a optimismo. A esperanza, pienso ahora.

Luego crecí. Y, muy a mi pesar, me convertí en adulto. Cada uno de los hermanos tomamos nuestra vereda, anduvimos paisajes nunca imaginados. Fuimos cerca y lejos. Nunca volvimos. Pero la vida, esa, ya se sabe, siguió su curso indetenible. Y ahora, ya cerca de esa etapa, a la que la mayoría de la gente rehúye y teme —y se empeña en retardar, en vano por supuesto— llamada vejez, sin

causa aparente, sin motivo definido, sólo porque amaneció el día neblinoso, sucede que de pronto revolotean sobre mi cabeza, como parvada de tórtolas extraviadas, las palabras en la voz de aquel locutor matutino, en el tiempo en que yo escalaba el peldaño número diez: cuando vayan mal las cosas, como a veces suelen ir...

Guitarra

para Jacobo Acosta, en memoria

Estaba por cumplir los once años, cuando acuné, por primera vez, una guitarra en las rodillas. Era una tarde, queriendo ya ser noche, cuando llegué a casa. Al entrar me percaté que nadie de la familia estaba ahí. Extraño, pero así fue. Entré despacio, fui a la cocina, tomé un vaso de agua. Luego, cuando volvía a mi cuarto, vi la guitarra de mi padre: estaba colgada en la pared con una cinta roja. Pasé muy cerca y no pude contener el impulso: con los dedos rasgué las cuerdas. El acorde abierto resonó en el silencio de la tarde. Y algo sucedió dentro de mí. Permanecí largos segundos escuchando la resonancia. Ya no seguí hacia el cuarto. Me acerqué un poco más y descolgué la guitarra. Me senté en una silla y, como desde siempre había visto que lo hiciera mi padre, la puse en mis piernas.

En mi casa siempre hubo guitarra. Desde que tengo uso de memoria. Incluso desde antes, según fotografías en blanco y negro donde apenas soy niño de brazos, hay guitarra en mi casa. Mi padre fue trovador. Se ganó la vida durante más de cincuenta años, cantando en serenatas y cantinas. Así que, de las primeras imágenes que mis

pupilas registraron, equiparable por ejemplo al color de los ojos de mi madre, está, estará siempre, una guitarra.

Ya en otras ocasiones, siendo yo aún más pequeño, después de las devastadoras crisis disneicas que tanto aquejaron la niñez y me dejaban exhausto y tirado en cama por dos o tres días, mi padre, como inventando un remedio milagroso, ponía la guitarra junto a mí en la cama. Y ahí la dejaba toda la noche. Luego, cuando venía la recuperación, yo rasgaba una y otra vez las cuerdas de aquella noble compañera.

Pero aquella vez, cuando llegué a casa y encontré sólo silencio y guitarra, fue distinto. Puse la mano izquierda en el diapasón; en el segundo traste coloqué los dedos meñique, anular y medio, como tantas veces había visto que lo hiciera mi padre. Luego, con la mano derecha di un acorde. Lo que escuché, nunca podré explicarlo. Pido aquí, se me disculpe, pero debo decir que he pasado la vida queriendo encontrar las palabras para describir aquel momento y hasta hoy no he dado con ellas. Fue un acorde, ¿cómo decirlo?, que brotó de mis dedos, de las cuerdas, del interior de la madera, anduvo mi piel, mis ojos, se me fue, rebotó en las paredes y lo invadió todo. Un acorde limpio, vivo. Después, con el paso de los años, cuando aprendí un poco más, supe que aquel sonido correspondía al tono de La Mayor, que es la tonalidad universal en que se afinan todos los instrumentos musicales.

A partir de entonces tomé la guitarra todos los días. Y así fue durante toda mi vida. Todavía hoy, a mis cincuenta y pocos, no dejo pasar un día sin tocar guitarra. Bien sé que es una exageración, quizás una obsesión patológica, pero qué le voy a hacer, ya en otros textos, en

otro momento, he concluido que si algo soy desde niño, es un manojo de singulares costumbres. Y sin embargo, debo mencionar aquí también, de aquellos días en que me he visto precisado a ausentarme del hogar, por vacaciones digamos, y del triste síndrome de abstinencia que padezco por no tener a mano una guitarra. Tal vez otro día, en otros apuntes, escribiré de la alegría indecible cuando vuelvo a casa y me encuentro de nuevo con aquella caja de madera con seis cuerdas que está ahí, esperando.

Ya cuando andaba por los quince, un buen día dijo mi padre que, si de veras me gustaba la guitarra, debía conocer a fondo el diapasón. Y así, en las sucesivas tardes, aprendí —de él, de quién más— cómo, restando sólo una nota clave a un tono Mayor, éste se convertía en Menor y desde luego su sonido era distinto; o cómo con sólo un traste de diferencia, por ejemplo, Re Mayor pasaba a ser Re Bemol. Me embelesé con el conocimiento de tonalidades y semitonos, con el comprender a qué se refería mi padre cuando hablaba, por decir algo, de Fa Sostenido Menor. A veces me apena un poco escribir de esto, porque si alguien que lo lea me escucha tocar guitarra, descubrirá que no soy, ni con mucho, un virtuoso del instrumento. Pero bueno, en mi defensa diré que nunca fue esa mi intención. Jamás me movió aprender a tocar guitarra para ser admirado. Nunca.

Recuerdo que alguna vez, en un concierto al que asistimos mi padre, mi hermano mayor —que también tocaba guitarra— y yo, ellos estaban extasiados y admiraban la ejecución del guitarrista. Les emocionaba al máximo la velocidad en la digitación del ejecutante y los acordes difíciles, bellos, que iba extrayendo durante el desarrollo

de cada pieza musical. Decían: es un verdadero artista. Aquella, fue una de mis primeras discrepancias con ellos. Al terminar el concierto dije algo así como: yo, la verdad, no admiro la técnica del concertista, lo que me colma de emoción, es el sonido, las notas que le arranca a su guitarra; no me importa lo perfecto de la ejecución, lo único que quiero es que los arpegios lleguen hasta ese territorio del cuerpo donde, se dice a cada instante, puede renacer la felicidad. No estuvieron de acuerdo, y luego en el curso de nuestras vidas, muchas veces lo seguimos discutiendo. Ellos admiraban la técnica, yo la estética. Y ese principio básico, justo ése, me he propuesto usarlo para conmigo: jamás he pretendido ser un intérprete destacado en la guitarra, sin embargo siempre he tratado, eso sí, con toda la fuerza de que soy capaz, rasgar las cuerdas de tal manera que produzcan taquicardias y humedezcan párpados. Nada más. Pero nada menos.

Un día, con dieciocho cumplidos, me fui de la casa paterna y, en una funda diseñada y manufacturada por mi madre, llevé conmigo la guitarra. Era una *Ojo de pájaro* que mi padre me había regalado. Fue en mis años de universitario, en el cuarto de azotea de un edificio de diez pisos, donde me pasé las tardes sobre la guitarra. Si estás alegre, será alcahueta; si estás triste, compañera, había dicho mi padre cuando fue a despedirme a las oficinas del ómnibus. Y así era: en los días aquellos, cuando me descubrí por vez primera con altibajos emocionales, que luego me acompañarían de por vida, la guitarra fue, y lo escribo sin brizna de vergüenza, mi salvación. ¿Qué sería de mis abismos sin ella? Algunas noches en que, todavía a esa edad, me acosaban las difíciles

crisis disneicas, tomaba mis medicamentos, me recostaba en la cama intentando dormir y ponía la guitarra muy cerca de mí. Y así nos estábamos hasta que amaneciera.

A estas alturas ya no era sólo guitarra, sino guitarra y canción. Y la canción resultó para mí, algo así como un autodescubrimiento. Porque se canta, no sólo por diversión o rebeldía, por decepción u ocio; uno canta, sobre todo, porque le es necesario hacerlo. Supe de mi garganta, conocí de mis cuerdas vocales, por las notas de las canciones que de ahí nacieron. Aprendí que no hay ser humano sin gracia; que todos llevamos dentro algo diferente, algo que te hace ser tú mismo. Yo, que siempre me supe un hombre con grandes limitaciones, que me percibía inacabado, a mis veinte años descubrí un oasis propio. Porque cuando di con la canción, me encontré, no conmigo, eso hubiera sido inaudito, pero sí con una buena parte de mí. Ahora sé que la canción dice mucho de quien canta, dice no sólo de penas o amoríos, de aventuras y desamores; sino que habla, sobre todo, del interior del hombre, de sus sueños y pesadillas, de sus milagros y desengaños.

No quiero pecar de humilde ni de lo contrario. Yo no tomé la guitarra con el fin de ser escuchado. Siempre la busqué por necesidad personal. Porque descubrí que era feliz rasgando sus cuerdas, cantando para ese público leal que es el silencio de la noche y, más aún, hacerlo en compañía de ese animal enjaulado en el pecho que no cesa de latir y que, como nadie, me sigue a donde voy.

Aun ahora, cuando ya rebaso el medio siglo de vida, pienso que mis mejores canciones han sido aquellas en soledad. Mi mejor recital ha sido en la madrugada de un sábado, con la guitarra en las piernas, en la sala de mi casa.

He cantado para amigos y desconocidos, gratis y por honorarios; en templetos erigidos en la calle y en plazas públicas; he cantado en escuelas y cárceles, en teatros cerrados y al aire libre, en salas lujosas y autobuses urbanos. Alguna vez canté para un enfermo terminal: fueron diez o doce canciones. Al terminar, algo dijo acerca de que, de veras, le gustaría seguir vivo.

Se dice que cantar es un don; se dice que quien canta, sus males espanta. Se dicen tantas cosas. Yo no lo veo como un atributo, sino como algo más sencillo, quizás, un regalo que la vida tuvo a bien destinar para mis manos y garganta, tal vez para de alguna manera, compensar los muchos defectos que me habitan. Esta es la razón por la cual, nunca me quejé de mi maltrecha salud ni de mi fragilidad emocional. A veces pienso que puedo morir cualquier día en un severo ataque disneico o desquiciarme de una vez y para siempre. Y digo que me iré, si no feliz, por lo menos sin ningún resabio de amargura, porque he sido un hombre que pasó una buena parte de su vida tocando la guitarra y cantando.

Y eso siempre le hizo bien al corazón.

La Sombra

La Sombra fue el bandido más buscado en la ciudad de mi niñez. Tenía la costumbre de robar por las noches y desaparecer como por arte de magia durante el día. Su principal característica fue que siempre robó en supertiendas de lujo y mansiones de las zonas más exclusivas. Yo andaba por los trece años. No hubo día en aquella época, que los periódicos no dieran la noticia: *Una vez más la sombra se lleva un botín*. La ciudad se estremecía.

Como buenos pueblerinos, desorientados, con poco dinero, rentando de casa en casa, llegamos a vivir en los barrios más alejados del centro. Ésta, era una polvosa colonia arrumbada en las inmediaciones del olvido. Pero nosotros éramos niños. Y muchas veces, cuando se es niño, no se alcanzan a ver esos fantasmas ofensivos que son la pobreza, la marginación, el rencor social. No se ven aun cuando pululen alrededor. Hasta que creces un poco más y entonces la realidad te da de bofetadas.

Nosotros pasábamos la tarde en la escuela y teníamos una parte de la noche libre. Nosotros, éramos mis dos hermanos y yo, (mi hermana se quedaba en casa) que en apenas unos días ya nos habíamos integrado a la pandilla del barrio.

En aquellas noches, cuando salíamos a jugar futbolito en el parque cercano conocimos a *La Sombra*. Él era un muchacho apenas unos años mayor que nosotros, tendría diecisiete o dieciocho; alto y fornido, de piel morena y pelo quebrado. Hablaba poco y jugaba muy bien al fútbol.

Las primeras veces, antes de saberlo, nosotros nos acercamos a él sin mayores precauciones; era uno más de la cuadra y no había nada qué temer. Incluso alguna tarde, mi hermano menor, que desde entonces era muy bueno con el balón en los pies, se la pasó burlándolo una y otra vez; *La Sombra* nunca le pudo quitar la pelota a aquel niño recién llegado al barrio. Y todos nos reíamos y él reía entre nosotros. ¿Era verdad que no le pudiera quitar el balón a mi hermano? ¿Era su manera de hacernos felices? Nunca lo vi enojado, amargo, colérico. Nunca lo vi borracho. Y siempre, al término del partido se sentaba entre nosotros en la banqueta del campito y en medio de la gritería de aquella parvada, él casi siempre permaneció callado. Nos observaba. Quedaba en silencio como escudriñándonos, como queriendo ver más allá de nuestras ropas y nuestras risas, quizás descubriendo algo que incluso nosotros desconocíamos. ¿Se daba cuenta de nuestra realidad? ¿Le dolíamos?

A veces desaparecía del barrio por semanas. De pronto no venía a las cáscaras de fut ni a las reuniones nocturnas en la esquina. Nadie preguntaba. Nadie lo mencionaba. Pero de algún modo todos estábamos pendientes de su ausencia, y por qué no decirlo, de su regreso.

Los diarios, con noticias alarmistas, letreros enormes, proclamaban su nombre a ocho columnas: *La Sombra da*

otro duro golpe. Cuantioso robo adjudicado a La Sombra. Se ofrece gran recompensa a quien capture o delate a La Sombra.

Nosotros a veces en los estanquillos leíamos los periódicos, y algo dentro nos retumbaba; algo dentro intuía malos augurios, nos sembraba miedo y a su vez nos hacía nacer un orgullo que, a pesar de nuestra escasa edad, sabíamos disimular muy bien. Cierto era que nosotros lo conocíamos, pero ese era nuestro secreto, un secreto que nos hacía sentir únicos. Nadie más en la ciudad supo nunca de la madriguera del joven maleante.

Incluso alguna vez, cuando a oídos de la policía llegó el rumor del lugar donde podrían encontrarlo, se aparecieron por el barrio tres o cuatro patrullas que anduvieron día y noche rondando nuestras calles. Pero nunca lo encontraron. Entre los vecinos circulaba una ley no escrita que sellaba los labios. Nadie dijo una palabra. Incluso varios de mis amigos, los de mayor edad, fueron interrogados, pero la policía lo único que encontró fue silencio. Después de algunas semanas se fueron haciendo más esporádicos aquellos rondines policiales hasta que un día desaparecieron para siempre. Porque además, hay que decirlo, el nuestro siempre fue un barrio bravo y broncudo, y tenía fama de que no cualquiera, incluida la policía, podía entrar así porque sí.

Meses después, cuando nadie lo esperaba, nuestro amigo aparecía como venido de la nada. Cuando en la noche nos juntábamos en la esquina, salía como si fuera él mismo parte de la oscuridad. Entraba en la charla como quien entra a su casa. De hecho, se sabía en casa. Nosotros lo recibíamos como al hermano mayor, como a alguien que se fue de viaje unos días y ahora regresaba. Nunca le dimos un abrazo, no recuerdo que le hayamos

festejado abiertamente su regreso, pero en los ojos de todos había un brillo especial cuando él volvía.

Una vez —el recuerdo es nítido, la imagen abrumadora— en que regresaba a casa ya entraba la noche, lo descubrí solo, sentado en la banqueta del campo de fútbol. Tan ensimismado estaba que no escuchó mis pasos. Me acerqué hasta quedar a dos o tres metros de él. Tenía las piernas dobladas y en sus rodillas descansaba ambos codos. La cabeza entre sus manos abiertas y los ojos clavados en el suelo. Además, a suspiros cortos acallaba algo que podrían ser sollozos. De vez en vez, con gesto errático, con los nudillos de las manos, apartaba de golpe esa agua salada que amenazaban humedecer las mejillas. Algo decía entre dientes. No logré descifrarlo, pero algo decía.

No supe qué hacer. Me invadió el amargo dolor de los vencidos. Por primera vez en mi vida, taladró —esa es la palabra— mi garganta, esa emoción que después con el paso de los años me lastimaría como nadie y como nada: la impotencia. Supe del deseo irrefrenable de correr, de huir sin saber a dónde; incubó en mis ojos esa luz que todavía hoy, muchos años después, a veces me sobresalta: la rebeldía. Era apenas un niño y ya me crecía ese huizachal en mis adentros. Aunque ahora, tantos años después, debo decirlo, celebro aquel encuentro —noche de la revelación de la noche— cuando el mundo dejó de ser una mentira y se mostró ante mí, como la maravilla de contradicciones y absurdos que es. A veces creo que fue en ese justo momento, cuando empezó a germinar en mi interior esa semilla que con el tiempo ha dado lugar al más luminoso árbol que pudiese albergar: la dignidad. Y fue de esta manera que accedí al mundo de quienes viven su realidad

sin velos ni argucias; un mundo que está ahí, que siempre ha estado, pero que los impostores del maquillaje ciudadano se empeñan a toda costa en esconder.

Al fin, en un momento inesperado pareció descubrirme. Acércate, habló en voz baja, te vi desde que llegaste. Me sorprendí. Hice lo que me pedía. La vida es cabrona, dijo sin más preámbulo, y no nos queda de otra, sino entrarle. ¿Sabría que ya lo habían descubierto? Me tengo que ir del barrio, agregó, yo no quisiera irme, soy parte de estos callejones y de estas esquinas, pero debo hacerlo. ¿Presentía que pronto lo apañarían? Si te preguntan, diles que me voy a un lugar que no conozco. ¿Presagiaba sus últimos días de libertad? Se puso de pie. En realidad, era mucho más alto de lo que parecía cuando jugábamos fútbol. Su piel morena brillaba a la luz de la luminaria. Nos vemos, dijo tocándome con la mano izquierda el hombro derecho. Empezó a caminar hacia la oscuridad; iba lento, muy lento, como no queriendo irse, hasta que en un instante me dio la impresión de que su figura se fundía con la noche. ¿Se sabía perdido? ¿Libre al fin?

Quedé inmóvil. Después de unos minutos largos, reaccioné y tuve la impresión de que despertaba de un sueño. Pero no, ahí estaba la esquina del barrio, la noche, el silencio y yo, bajo una lámpara que apenas alumbraba media calle. Algo adentro me dolía. ¡Cuánto puede la frustración en un chico de trece años! A pasos cortos empecé a caminar rumbo a casa. De pronto volteé y, en medio de la penumbra, descubrí, pegada a mis pies, mi pequeña sombra.

Y tuve ganas de llorar. Y no lo hice.

UNAM de mis años

*Para Martínez-Gracida, Pablo, Marina,
Iniestra, Mario, La Martha, Nuño y El Barbón,
donde estén.*

Llegué a la gran explanada. La cubrí con una mirada mezcla de asombro, espanto y reverencia. Era un marzo de neblina. Corrían los años setenta. La emblemática Torre de Rectoría desde su alto escudo, como un ojo que todo lo abarca, me miraba sin parpadear y yo, al descubrirme así observado, por un instante me sentí, de alguna manera, bienvenido. Estuve de pie, en el centro exacto del silencio, como una letra en medio de una página en blanco, tal vez media hora. No pensé algo especial, no dije palabra. Sólo miraba y miraba como queriendo impregnar pupilas y dieciocho años de esta única experiencia. Otros estudiantes pasaban cerca de mí. Solos o en grupos de tres o cuatro. Cada quien en su mundo, pero a la vez, todos en el mismo.

Eché a caminar por los jardines, entre las islas, como después me enteré eran llamados aquellos montículos de césped arbolados. Pasé a un costado de la Facultad de Filosofía, recuerdo un letrero en el pasillo: *Ayer fui rebelde.*

Hoy ya no tanto. Y ¿mañana?... Vi de lejos, mientras caminaba, Leyes, Arquitectura, Economía, Ciencias Políticas, Odontología. Las miraba pensativo, no sólo por el diseño o la inmensidad de los jardines, sino por el hecho de sentirme parte de este sitio alguna vez soñado. Era el primer día que, una vez recibida la noticia de que había aprobado el examen de ingreso, llegaba al sitio que con el tiempo se convertiría en uno de los lugares más entrañables en mi memoria: la Universidad Nacional Autónoma de México.

Caminé más jardines y pasillos. Muchachos y muchachas iban y venían. Cuerpos apenas abandonando la pubertad, apenas entrando a eso que se da en llamar edad adulta. Todavía con mucho, mucho residuo de niñez, aunque claro, a nadie nos habría hecho gracia si alguien lo hubiera dicho entonces. Ellas con el pelo lacio y el partido en medio, sin peinado definido, cascada natural sobre la espalda. Ellos, nosotros me gusta decir, con los pelos largos arañándonos los ojos y los hombros. Parecíamos, como luego diría León Gieco en una de sus canciones, esperanzas caminando.

Seguí poniéndole afán a los pasos, y allá, casi al fondo de Ciudad Universitaria, esperaba la que en los años siguientes sería mi escuela: Medicina. Me paré en los escalones de su explanada. Miré los dos edificios unidos por las zigzagueantes rampas. Vi el gran mural en la pared de enfrente. La mente en blanco, la emoción a todo. Fui a la pequeña barda, de apenas medio metro de altura, y ahí me senté. Miré la biblioteca, el auditorio, los alumnos que entraban y salían, algunos vestidos de blanco, otros sólo con bata o filipina. Yo iba de mezclilla y botas mineras, mañana empezarían mis clases. Miraba y no terminaba de mirar.

Me paré de la bardita y fui en busca de mi salón de clases. Subí por las rampas. Una por una, despacio, acariciando sus barandales. Antes de llegar al salón pasé por el anfiteatro. El olor penetrante a formol me hizo llorar los ojos. Aclaro aquí, para los críticos e incrédulos por el simple hecho de que soy un lágrima fácil —y no un llorón, aclaro— que ahora este llanto se debía, pura y llanamente, al efecto irritante del formol.

Caminé más de prisa y por fin, preguntando aquí y allá, llegué al sitio buscado: Grupo número 1112, cómo olvidarlo. El salón estaba cerrado. Vi por las ventanillas: Un escritorio, pocos mesabancos, un pizarrón verde en la pared. En el centro, una mesa con tapa de aluminio, alargada, donde yacía un cadáver recostado. En las esquinas del salón, vitrinas con instrumental quirúrgico. Tragué saliva y me vino una taquicardia inesperada, pero entonces no tuve miedo. Incluso puedo decir que la disfruté. No como ahora que, ya con medio siglo a mis espaldas, ante el mínimo atisbo de rebeldía o desajuste en los latidos cardíacos, enseguida pasa por mi mente la oscura, cabrona, posibilidad del infarto al miocardio. Y me atosiga la angustia. Aquella vez, dieciocho mayos ya lo dije, los exabruptos cardíacos más bien me daban risa. Luego busqué y encontré, pegados en la pared, la lista de horarios y materias a cursar en el primer semestre. Anduve todavía buena parte de la tarde, que ya asomaba por el poniente, caminando, hasta que entré a una cafetería. En la música ambiental sonaban The Doors con Jinetes en la Tormenta. Pensé que, por lo menos para mí, esa sería una canción para siempre.

Porque haber ido a la UNAM, se convirtió, con el paso del tiempo, en el mayor legado profesional, y bien lo sé, humano, que la suerte, la vida, mis padres, me pudieran ofrecer. Salones, apuntes, libros escasos, entonces caros; salas de práctica, maestros, compañeros, compañeras ¡claro!, técnicas quirúrgicas, ideología universitaria, cuestionamientos éticos y estéticos, todos y cada uno, además de lo aquí no apuntado por falta de espacio o de memoria, son parte de lo que, en conjunto, forjó profesional y, lo digo con absoluta seguridad, humanamente, a este hombre que ahora, aquí, muchos años después, recuerda, se asoma al pozo de luz a donde caen sus díasidos y escribe.

Porque además de las clases reglamentarias para cursar la carrera de médico cirujano, la universidad me dio mucho más. Sólo quienes han estado en la UNAM saben lo que andar sus patios, sus pasillos, sus bibliotecas, sus salones, sus islas, dejan en una persona. Quedé impregnado de una ideología que ha sido inmune incluso a ese tirano que casi todo vence: el tiempo. La universidad, lejos de darme un status elitista o delirio de poder, me dio una visión de mi pueblo, de mi país quiero decir. Porque uno va a la universidad buscando ser un hombre universal, alguien solidario con los sueños y el dolor de ese animal incomprensible que es el ser humano.

No se va a la universidad buscando, en seis años, salir a tirarse clavados en una alberca rebosante de monedas. No fue esa la ideología al menos de los que en aquellos años nos conocimos en la UNAM. No dudo que haya quienes cursen estudios universitarios en busca de eso, el mundo es vasto y yo no voy a pecar de ingenuo, no

al menos ahora. Nuestra escuela nos dio algo más, mucho más: nos acercó también a la realidad, a la historia, al sueño de un porvenir, a los usos y costumbres de una sociedad mexicana presa, encadenada, sobre todo en los siglos que nos toca vivir, entre el ahora y el quizás; una sociedad marcada por el nunca. Nos hizo entender que las patologías más comunes en pediatría y cirugía de niños —que finalmente fueron la especialidad y subespecialidad que escogí y que también cursé al cobijo de esa alma mater— no son del orden puramente médico, sino que tienen un componente socio-político-económico, el cual a su vez, resulta de los consecutivos —malogrados, ominosos— regímenes de gobierno.

Y porque en esos años, en aquellos patios, en aquellas islas, conocí a Pablo Neruda, Miguel Hernández y Antonio Machado. Ahí alguien me habló por primera vez de Ernesto Guevara de la Serna, que hacía apenas seis años había sido asesinado en Bolivia; de Sinclair y Demian, entrañables personajes de Hesse. En aquel tiempo accedí a Mozart y a Vivaldi. Escuché a muchachos de mi edad disertar sobre Nietzsche y Freud. Me encontré con Rius y León Felipe, con Violeta Parra y Joan Baez, con Serrat y Benedetti. Y por si todo esto fuera poco, me enamoré del amor. Pero perdón, tampoco quiero parecer pretencioso. Lo único que quiero decir es que, aquellos días, quitaron muchas vendas de mis ojos.

Además, descubrí en los salones de clases, en las prácticas, de la mano de mis maestros, junto con mis compañeros, que el máximo logro de un hombre, más allá de obsesiones personales y espejismos sociales, es sin duda, el humanismo. Esa añeja filosofía donde el ser humano

es el centro, principio y fin de nuestros afanes, de nuestra existencia; el ser humano y su sagrado hábitat. No la máquina ni el papel de cambio, no el oropel ni las prendas.

Y aprendí también que hay hombres quienes merced a su intelecto, a sus ojos y a sus manos, pueden tener el don de mitigar el dolor de sus semejantes. Supe que esos humanistas logran, a veces, tender un muro invisible y frágil, pero capaz de hacer esperar algunos días o muchos años —antes de que nos lleve a sus dominios— a esa hermana de todos nosotros que es la muerte. Y que un hombre como esos, podía ser yo.

Cómo olvidarte UNAM. Nunca mientras viva. Quizás ni después.

Viajar por amigos

1

Teníamos veinte años. Creíamos que la amistad puede hacer que suceda lo imposible. Después de esta edad, incluso antes, nunca pudimos creerlo. Y aun sin razonarlo del todo, actuábamos guiados por esa premisa, que por cierto, no era otra cosa sino lo que en aquellos días gobernaba nuestras emociones.

2

Ahí estamos Raúl y yo. A la salida de la ciudad. Ambos vestimos pantalón de mezclilla y camisa de manga larga y desfajada. Somos flacos y larguiruchos, yo, desde luego, más que él. Mi amigo lleva lentes oscuros —parece turista— y en la bolsa del pantalón una pequeña cámara fotográfica y un mapa con las carreteras del país. Yo cargo al hombro, una guitarra y entre las manos, el libro “Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada”. Si sumamos el dinero que entre ambos poseemos, apenas llegamos a los cuatrocientos veinte pesos, que en los próximos días —lo escribiré desde ahora— se nos

irán como agua entre los dedos. Esperamos un auto, camioneta, camión, tráiler, lo que sea, que nos lleve de raid. Viajamos hacia el norte.

3

El año pasado éramos un trío: Bernardo, Raúl y yo. Y éramos trío para todo: para echar relajo, para cantar —yo, guitarra y voz; Bernardo, requinto y segunda voz y Raúl, maracas y primera voz. Pero sobre todo éramos trío para reír como locos y ser felices como nadie nunca en la historia del mundo lo había sido ni lo sería: de eso estábamos seguros. Ahora somos sólo dos. Nuestro amigo emigró con su familia a la ciudad más alejada que alguien pudiera imaginar. Vive en Mexicali, Baja California, que se encuentra como a dos mil ochocientos kilómetros de nosotros. Muy lejos. Muy lejos, no después, en el siglo veintiuno, cuando toda distancia se acortará; pero sí ahora, en esta segunda mitad del siglo veinte que es cuando sucede lo que escribo. Muy lejos, aunque no lo suficiente para vencernos, cuando iba de por medio ese indefinible lazo emocional, irrompible y frágil, llamado amistad. Por eso fue que un día hicimos la promesa de ir a visitarlo. Entonces, él lo creyó, no tengo la menor duda.

4

Ahí vamos Raúl y yo. En una camioneta último modelo que, al parecer, va de traslado de Agencia Automotriz a Monterrey. En pocas palabras, platicamos al chofer nuestra intención de llegar a la ciudad prometida.

Él, hombre mayor, sólo sonrío y mueve la cabeza cuando dice: hay que tener veintiún años para hacerlo. Raúl y yo, enseguida, corregimos al unísono: veinte, señor, veinte.

5

Monterrey es una ciudad muy grande, así que no sabemos por donde queda la salida a Torreón que es nuestro destino próximo. Como ya es de noche, nos vamos a la Central de Autobuses y ahí gastamos nuestros primeros pesos. El hambre es mucha, el dinero poco; cenamos tacos y bebida gaseosa embotellada. Lleno el estómago, las cosas se ven de otra manera. Decidimos invertir un poco del escaso capital y compramos dos boletos a Torreón. Viajamos de noche. Llegamos al otro día, muy entrada la mañana, alegres, risueños y sí, cada vez con menos dinero.

6

El que boca tiene a Roma llega, escuché siendo niño, decir muchas veces a mi madre. Se lo comento a Raúl. Así que preguntando aquí y allá, llegamos por fin a la carretera que conduce a Mazatlán. Un trailerero nos acepta como pasajeros y con él hacemos el recorrido. Mientras vamos en carretera, y para hacer ameno el muy largo trayecto, decimos al chofer: le vamos a cantar unas canciones. Y sin esperar respuesta empezamos con Cantares, aquella que a la voz dice: caminante no hay camino/ se hace camino al andar/ golpe a golpe/ verso a verso... el hombre ríe de buena gana, a carcajadas, cuando terminamos la canción. Y nos dice algo así como, ah qué muchachos, ojalá lleguen

hasta donde los espera su amigo... ojalá. En cierta parte del recorrido, comenta que vamos a cruzar El Espinazo del Diablo. Nos invade un silencio espeso. A vuelta de rueda, va el tráiler por una carretera angosta en extremo; ambos lados son flanqueados por sendos precipicios en donde no se alcanza a ver el fondo. No sé cuánto tiempo haya durado el trayecto, pero el que haya sido, me parece que son siglos. Silencio. Silencio sólo escindido por la monotonía del motor que jamás cambió de primera velocidad. Cruzamos aquel espinazo endiablado, creo a un promedio de treinta kilómetros por hora. Tal es el respeto que los avezados camioneros le tienen a esa parte de la sierra.

7

Ya en Mazatlán seguimos dándole vuelo al pulgar. El mapa nos dice que nuestro siguiente destino es Culiacán. La distancia, entre una ciudad y otra, es mucha. Viajamos por partes. Una camioneta vieja nos avanza setenta kilómetros, una familia nos lleva otros cien; incluso en una carreta que traslada pasto y demás hierbas para alimento vacuno, viajamos; vamos allá arriba, recostados sobre la verde paja. A veces le ponemos pasos al viaje y ganamos kilómetros, qué más da, a caminar nadie nos gana y además, hasta hoy no conocemos, aún, eso a lo que se llama cansancio.

8

Sin darnos cuenta nos cae la noche en plena carretera, a campo abierto, caminando. A lo lejos descubrimos

unas luces, ello nos anima. Apresuramos el paso, pero la distancia es mucho más de lo que imaginábamos. Aun así, seguimos a pie. Por fin, luego de tres horas, quizás, llegamos a una gasolinera. El empleado nos recibe con desconfianza. Pues si pasa alguien y se los lleva, será cosa de él, dice tajante. Entonces Raúl y yo nos sentamos en un tronco de árbol caído que está por ahí. La noche nos abruma. El cielo estrellado es terriblemente bello. Por primera vez en el viaje me asalta la duda, me acorrala el miedo. Reflexiono en voz alta, como si estuviera solo: si aquí tan lejos de casa a esta hora de la noche alguien nos hace algo, nos roba, nos mata, nadie sabrá quiénes somos, de dónde venimos, hacia dónde íbamos. Raúl permanece callado. Da la impresión que apenas, hasta éste momento, él también adquiere consciencia real de la aventura. Abro el libro que llevo. Con la escasa luz de la gasolinera alcanzo a leer. Leo en voz alta dos o tres poemas. La voz se va, quién sabe a dónde.

9

El silencio otra vez nos apabulla.

10

Así las cosas, ya casi de madrugada, llega una camioneta que se apiada de nosotros y nos lleva, en la cajuela, que por cierto, va abierta al aire libre. Algo nos llama la atención de inmediato: la velocidad a la cual viajamos es altísima. Raúl, que sabe más de autos que yo, calcula que vamos como a ciento sesenta kilómetros por hora. Nos

agarramos con las uñas y los dientes y de vez en vez, vemos cómo pasan, a velocidad descomunal, autos que en la carretera encontramos. Pero nuestro asombro es aún mayor, cuando luego de poco más de cuatro horas, se detiene la camioneta. Ya llegamos, dice el chofer a la vez que desciende. Y entonces, nos deja con la boca abierta: ¡el chofer tiene una pierna amputada!, ¡a esa velocidad vino conduciendo con una sola pierna! Nosotros sólo nos miramos. No es preciso decir algo, nos conocemos de sobra. Así, de este modo, arribamos a Culiacán.

11

Lo primero que buscamos es una terminal de autobuses para comer algo. Ya casi se nos termina el dinero. Es mediodía. Estando en la terminal, se nos acercan tres tipos que dicen ser la policía judicial. Nos muestran credenciales. Nos asustan. Nos conducen en su auto a las oficinas de la policía —al menos eso dicen ellos—. Nos interrogan. Nos acosan a preguntas. Nosotros estamos asustados. Raúl pide hablar por teléfono con su madre. Marca varias veces el número, pero la llamada no entra. Se desesperan los tipos. En algún momento nos acusan de drogadictos. ¡Mira!, me dice uno de ellos, ¡aquí traes yerba!, y saca de mi bolsa, con su mano, un manojito de marihuana. Reacciono enseguida: no señor, eso usted lo traía en su mano y me lo quiere adjudicar. ¡No muchachos, aquí se los va a cargar la chingada... nos van a tener que dejar la cámara, el dinero, la guitarra... sólo así los podemos dejar ir!, gritan. Entregamos las pertenencias. Pero antes de irnos, me vienen a los labios unas palabras que,

incluso hasta el día de hoy, no comprendo cómo fue que llegaron. Digo así más o menos, señor, ¿usted ha escuchado hablar de Salvador Allende? ¡De quién!, grita encolerizado. Prosigo: Salvador Allende, fue un hombre que llegó a ser presidente de un país sudamericano, Chile, y le voy a repetir a usted las palabras que él dijo antes de morir, hace poco más de un año, asaltado en el palacio de La Moneda. El hombre mira incrédulo. Sigo hablando: él dijo, una vez más se confirma que, en el mundo en que vivimos, vence quien tiene la fuerza y no la razón. El hombre queda callado. Y no sé por qué —nunca sabré, jamás lo entenderé— nos mira un largo rato... larguísimo rato... y sin decir palabra nos devuelve la cámara, el dinero, la guitarra, a la vez que dice todavía molesto, váyanse cabrones, antes de que me arrepienta. Los otros dos no le contradicen.

12

Nos dirigimos con rapidez y mucho miedo a la periferia de la ciudad. Esperamos horas de horas. El hambre cala. Escasea el dinero. Ejercitamos el dedo pulgar como nunca en nuestras vidas lo habíamos ejercitado y como nunca en lo que nos resta por vivir lo agitaremos. Hasta que un tráiler fue disminuyendo la velocidad y queda estacionado como a cien metros de nosotros. Corremos a todo lo que dan nuestras jóvenes piernas. A dónde van, dice un hombre viejo, bigotón, con risa de dientes sucios. A Mexicali, contestamos como quien dijera, aquí a la esquina siguiente. Y así, como si nada, como si cualquier cosa sucede el cotidiano milagro del día: pues súbanse,

yo también voy para allá. Risueños y a tumbos subimos más que presurosos. Nos acomodamos en el asiento y lo primero que hacemos, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, es quedarnos dormidos por un lapso como de seis horas.

13

Cuando abrimos los ojos, todo es carretera y desierto. Larga la carretera, interminable el desierto. Es así como conocemos al personaje del viaje: don Pepe. Me caen bien por vagos, dice con su sonrisa de dientes grandes. Cántense una canción. Ni tardos ni perezosos, empezamos. Hago los primeros acordes y Raúl se destapa cantando El Andariego, que a decir verdad la canta como los verdaderos dioses. Bueno, es que no he dicho algo que siempre admiré en mi amigo: Raúl tenía, siempre tuvo, una voz privilegiada. No llegó a ser cantante profesional por esas malas pasadas que la vida le juega a algunas personas, pero de que tenía calidad, emoción, garganta privilegiada, vaya que lo tenía, y de sobra... para dar y repartir, decíamos Bernardo y yo, cuando lo escuchábamos cantar.

14

Fueron muchas, muchas, las horas con don Pepe. Nos platicó de su familia, de su pueblo natal, de su oficio de chofer de tráiler desde muy joven, años en la carretera muchachos, años; nos contó de sus amores en las ciudades donde dormía, de casi la totalidad del país que había recorrido. Nosotros escuchábamos embobados. Luego volvimos a

cantar. Y después, otra vez nos ganó el sueño y volvimos a dormir ocho horas sin parpadear. De vez en vez, en cada gasolinera, don Pepe comía y nos invitaba algo que devorábamos sin el menor recato.

15

Pasan siglos, noches, amaneceres. Mientras Raúl duerme y don Pepe conduce, leo mi libro otra vez, ahora en voz baja y de atrás hacia adelante. Hasta que una madrugada, quizás como a las tres, al ver a lo cerca las luces de una ciudad: bueno muchachos, ya llegamos; ahora sí quiero descansar bien y ustedes ya están en la ciudad de su amigo; así que me van a dejar la cabina para mí solo. Se estaciona cerca de una gasolinera. Damos las gracias y todavía nos animamos a preguntar: ¿podemos usar la caja del tráiler para dormir hasta que amanezca? Sí, claro, no más que a ver cómo les va con el frío.

16

Salimos de la cabina y entramos a la caja vacía —quiero decir, sin cargamento— y ahí nos recostamos. Pero es una diferencia abismal de clima entre uno y otro sitio. Nos hacemos bolita cada uno por su lado, pero no dejamos de temblar. No puedo dormir compadre. Yo tampoco. Raúl y yo toda la vida nos dijimos compadres, aunque nunca lo fuimos formalmente. Chingos de frío compadre. Sí. Entonces dice mi amigo, oye, vamos a abrazarnos. Y sin decir o pensar nada más lo hacemos, nos abrazamos fuerte, muy fuerte.

Ahí estamos los dos, hechos nudo, abrazados, en una madrugada que luego supimos, había estado a tres grados bajo cero. Sirve de mucho el abrazo. Por lo menos podemos dormir. Con la luz del sol despertamos. Hace un frío del carajo. Y nosotros sin chamarra, don Pepe viene por nosotros, nos despide con buenos deseos. Empezamos a caminar sin rumbo. Raúl tiene vaga idea de una dirección que Bernardo le había comentado en una carta, hacía unos meses, pero no, no se acuerda.

Nadie pregunte cómo. No lo sé. Nunca lo sabré. El caso es que, más o menos a las ocho de la mañana estamos frente a la casa de nuestro amigo, nuestro amigo del alma, por el cual hemos hecho este viaje-proeza. Estamos gritando su nombre, gritando ¡Sámano!... ¡Sámano!..., bueno, en realidad ése es su apellido, pero siempre nos referimos a él de esa manera... ¡aquí estamos!... ¡ya llegamos!... Luego de largos y fríos minutos, por una puerta pequeña, sale Bernardo. Aún está modorro. Parece que lo hemos despertado. Pero la expresión de su cara y su sonrisa, luego de treinta y nueve años —que es ahora cuando lo escribo— no las he olvidado. Era verdad, la amistad hace que suceda lo imposible.

Estamos diez días en casa de nuestro amigo. Él está de vacaciones en la escuela. Nosotros también. Son los primeros días de febrero. Pleno invierno. Su familia —su madre y hermana— están más que sorprendidas. Luego de dos o tres días, no lo pueden creer. Estamos tan lejos, dicen una y otra vez. Nos regalan una chamarra a cada uno. Son dos sacos verdes, de traje militar, que nos quedan como hechos a la medida para nosotros. Pasan los días. Raúl se acomide y arregla varios desperfectos de la casa: una cerradura que no abre, un cable de electricidad que hacía corto circuito, y su máximo logro: echa a andar una lavadora que ya tenía semanas que no funcionaba. Se nos van los días. Con nuestro amigo platicamos mucho, nos reímos como en los mejores tiempos, hacemos nuestras viejas y tan repetidas bromas y claro, tocamos y cantamos mucho, los tres, como lo hacíamos allá, en El Mante. Hasta que llega el día inevitable: debemos regresar.

No tenemos ni un peso para el regreso a casa. Se nos ocurre una buena idea: vamos a cantar en los autobuses urbanos de la ciudad y a lo mejor juntamos algo de dinero. No lo pensamos dos veces. Algo que ahora recuerdo y que entonces no tenía conciencia de ello: andamos en los veinte años. ¿Quién dijo vergüenza? Incluso Bernardo se solidariza y dice: yo voy con ustedes... pero a ti te conocen aquí... no importa, vamos. Somos tres voces anhelantes en

las gargantas, flotando, o queriendo hacerlo, en el aire helado de unos días comunes.

21

Es así como subimos a uno y a otro y a muchos autobuses urbanos con guitarra, requinto y maracas en mano. Salimos desde las nueve de la mañana y volvemos como a las cuatro de la tarde. Cantamos El Andariego, Celos de luna, No me quieras tanto, Página blanca, Alma corazón y vida, y otros tantos boleros de aquellos años. Andamos de autobús en autobús por tres días. Al cabo de este tiempo, somos los primeros sorprendidos. Por ser zona fronteriza, las propinas que nos dan, son en moneda norteamericana —dólar— lo cual se nos multiplica al convertirlo a pesos mexicanos. Así entonces, hemos ahorrado una cantidad que nunca imaginamos.

22

Iniciamos el regreso. Compramos dos boletos en el tren que sale de Mexicali y va directo hasta Guadalajara. Esa tarde nos van a despedir Bernardo, su madre y su hermana. Nos despedimos de ellos con abrazos y palabras especiales. No, no recuerdo que hayamos estado tristes. Nosotros subimos al tren como quien va en pos de la felicidad.

23

Empiezan a moverse los vagones. Saco la cabeza por la ventanilla y veo cómo se van haciendo pequeñas las

imágenes de las personas que, desde los andenes, agitan las manos en señal de adiós. Me invade una ráfaga de nostalgia. Leo por enésima vez el libro de poemas. Uno, dos, otro y otros poemas. Leo todo el libro de una sola vez. Al terminar de hacerlo, quiero escribir algo. Me entran unas ganas locas de escribir. De qué, a quién, no sé, sólo quiero escribir. ¿Alguien tiene un bolígrafo y una hoja en blanco?

24

Al anoecer ya somos amigos de quienes van cerca de nuestros asientos. Algunos jóvenes, otros no tanto, hombres, mujeres, niños. Raúl tiene sangre liviana, lengua suelta. Puede hacer plática hasta con un mudo. Casi a media noche, alguien dice, si traen guitarra, cántense unas canciones, ¿no? Y nosotros, que para eso nunca nos pusimos nuestros moños, en breves momentos ya estamos rompiendo la noche con los clamores de nuestras gargantas. Se forma un ambiente festivo. La gente aplaude, se ríe; nos invitan la cena, detalle que de veras agradecemos; nos piden esta y aquella canción. Nosotros complacemos a todos. Si no la sabemos, medio la cantamos. Si no la conocemos, la inventamos. El caso es cantar. Ya entrada la madrugada nos gana el cansancio y el sueño. Termina la fiesta del tren y cada quien nos acomodamos para dormir. En media hora el silencio prevalece, es sólo escindiendo, por el traqueteo constante, trasnochado, de las ruedas del ferrocarril.

Luego, cuando todos dormimos sucede algo que, aun ahora me produce escalofrío contar. Pero lo haré. No tiene caso callar lo que exige ser escrito. Antes debo decir que por aquellos años yo era sonámbulo, caminaba dormido; estando en casa nunca hubo problema. Pero ahora... ahora me sucede en un tren en marcha. El recuerdo vago —digamos que por el propio sonambulismo y no por los años transcurridos— dice que me pongo de pie como no sabiendo en dónde estoy. Empiezo a caminar hacia la parte posterior del tren. Paso de un vagón a otro, a otro, a varios —dormido— hasta llegar al final del tren. Al pasar de un vagón a otro alcanzo a mirar cómo pasan a toda velocidad los durmientes de la vía férrea. Salgo del último vagón. De pie, miro el horizonte oscuro. Estoy al aire libre, agarrado fuertemente con las manos al barandal. De pronto despierto. Me despierta el viento frío en las mejillas. No, no me asusto. Sonrío. Sé que, otra vez, caminé dormido. Permanezco un buen rato aún, ahí, mirando una oscuridad que el tren va dejando atrás y que, sin embargo, no termina. El aire revuelve mi cabello. La noche abraza. El frío no cala. Luego de mil años, regreso a mi asiento. Vuelvo a quedarme dormido.

Llegamos a Guadalajara hasta la noche del otro día. Todavía tenemos dinero, pero no suficiente para viajar a Aguascalientes, lugar donde vive una tía mía. Entonces hacemos trampa: como es de noche, compraremos

dos boletos a un pueblo cercano y fingiremos quedarnos dormidos. Si nos preguntan, diremos, ¿ya nos pasamos?, uita, ahora tendremos que regresar, ese es el plan. Pero no fue necesario ponerlo en práctica porque, al parecer, los choferes no se dieron cuenta. O sólo con mirarnos lo permitieron. A saber.

27

Llegamos a Aguascalientes. Es temprano, una mañana blanca de neblina. Las casas y los árboles son siluetas, las personas fantasmas. Esperamos a que amanezca bien. Lo único que sé de mi tía es que trabaja en una biblioteca. El que boca tiene a Roma llega, dice mi madre. Preguntamos en la biblioteca central, la más a mano, y con el nombre de mi tía, es relativamente fácil dar con ella. Vamos a buscarla pero no la encontramos. La buena ventura nos acompaña: ahí mismo nos dan la dirección de su casa y allá vamos. Cuando mi tía Marisa nos ve, me ve, no lo puede creer. ¡Qué andas haciendo por acá muchacho! ¡Qué andan haciendo! En pocas palabras le platicamos de la aventura. Y cuando nos ofrece comida, la devoramos en menos de lo que aquí lo escribo. Luego, como si Raúl y yo estuviéramos de acuerdo, sin decir palabra, tomo la guitarra: tía, gracias por la comida, te vamos a cantar una canción. Y empiezo: todo pasa y todo queda/ pero lo nuestro es pasar/ pasar haciendo camino/ camino sobre la mar... Cuando termino —terminamos, porque Raúl al final me hace segunda— mi tía es un mar de emociones: ¡hijo, quién te trae por estos caminos! No te preocupes tía, estamos bien. No es que no me importe su reacción,

de hecho me conmueve, pero en esos años, lo menos que hay en mi vida es drama.

28

Mi tía nos ayuda con dinero. Es poco dice, pero de algo les servirá. Y en efecto, sirve para llegar a San Luis Potosí. Ya en esta ciudad y sin dinero, otra vez la recurrente pregunta: ¿qué hacemos compadre?, ¿qué hacemos? Ahí, en la terminal de autobuses pensamos en qué hacer. Hasta que Raúl da con su conclusión: ni modo, voy a vender los lentes y la cámara. No mames, reclamo, ahí están las fotos del viaje. Y qué, no tenemos dinero para revelarlas y con ellas no podemos pagar el pasaje. Silencio. Y si vendemos la guitarra y el libro. Más silencio. No compadre, no —gesto serio y casi regañándome—, eso no se vende. Y no supe a quién ni en qué momento, pero el caso es que Raúl logra la venta de lentes y cámara. Con ese dinero pagamos el boleto a Valles. Y de ahí, muy apenas nos alcanza para pagar los noventa kilómetros que nos separan de nuestra ciudad. Eso sí, no cenamos, no desayunamos, no comimos.

29

Son las once de la mañana. Han pasado diecisiete días desde que salimos y ya estamos de regreso. No llegamos hasta la terminal de Autotransportes Mante, no. Pedimos al chofer nos deje bajar frente a la clínica del Seguro Social, que es donde trabaja mi madre. Descendemos del autobús, deprisa vamos a sala de urgencias, pregunto por

ella. Mi madre viene enseguida. Me mira como siempre, como nunca, me abraza fuerte muy fuerte, como nunca, como siempre. Luego abraza a Raúl. Sus ojos brillan como soles de febrero. ¡Qué bueno que regresaron!

30

Mi compadre y yo nos vamos a pie a nuestras casas. Vivimos en el centro de la ciudad, una casa a tres cuerdas de la otra. En una esquina nos despedimos, como si hubiéramos ido a caminar media mañana por la orilla del canal de riego. Veo que Raúl se aleja rumbo a su casa. Y ahora sí me arrasa por dentro algo. Creo que es uno de los primeros revolcones emocionales de mi vida. Ando en los veinte, sí, pero un escalofrío recorre el cuerpo. Empiezo a descubrirme como un hombre hecho por y para las emociones. Entonces me gana la melancolía: cómo me hubiera gustado no vender la cámara fotográfica, cómo me hubiera gustado conservar las imágenes del viaje. Aunque semanas después, Bernardo nos enviará algunas fotos tomadas con su cámara —que por cierto, treinta y nueve años después, todavía conservo en el viejo y destartalado álbum y que ahora veo y vuelvo a ver para poder escribir estas letras—. Pero, perdón, debo regresar al final de la historia: miro que mi compadre se aleja rumbo a su casa, el andar es desenfadado, no parece llevar prisa; respiro hondo, abro la puerta, entro a mi casa. He regresado.

La pianista

*

Ella es una pianista.

Y sin embargo no es una pianista como muchas, vaya, ni siquiera como pocas. Su nombre podría ser Elvira. Sí, me gusta como para que su nombre sea Elvira. Está sentada frente al piano, en la banqueta de una calle cualquiera, en una ciudad cualquiera. Esta ciudad te da para pensar en todas las ciudades. Pasan autos por la avenida, nubes por el cielo, gente, mucha gente, de prisa por la acera. Es quizá mediodía.

Su figura deja entrever una edad entre ochenta y noventa años. No más, no menos. Su cuerpo delgado, encorvado, su pelo cano, largo un poco más allá de los hombros, de vez en vez, quieren volar con el viento.

Es un día ventoso en una ciudad agitada por las postimerías de una semana en la que me ha sucedido de todo: insomnio de sábado a jueves, dudas, deudas, duendes, tres camisas deslavadas, dos amaneceres a los que no me fue posible asistir.

*

Me detengo a escucharla.

Paso a formar parte de un pequeño grupo de admiradores transitorios que permanecemos a la escucha durante seis o siete minutos; el tiempo de duración de la obra que ejecuta. Para esto da la gran ciudad.

Lleva un abrigo azul marino que, así sentada, desde su espalda llega hasta el suelo y una pañoleta morada alrededor del cuello, que al igual que su cabello blanco, van y vienen con los dimes y diretes del viento. Sus dedos, en apariencia artríticos —sin duda por la edad, qué le va uno a hacer— andan entre las teclas como niños saltarines dejando en cada brinco notas musicales, como si los pequeños pies, al correr por la calle después de la lluvia, salpicaran agua limpia. Díganme que es Mozart.

*

Van los vivos dedos de ella, desde los roncacos acordes musicales a las escalas centrales y terminan por caer en el abismo imaginario de las notas más agudas. Pero vuelven.

Miro al cielo, diez, veinte segundos, al mismo tiempo que escucho. Lo inesperado es lo bello.

Esta pianista, que también podría responder al nombre de Alejandra, por qué no, con ojos entrecerrados, va por las escalas musicales con un ensimismamiento propio de un anacoreta que contempla desde una colina la llanura calma.

Alguien se acerca. Deja caer unas monedas en una cajita que, a un lado del piano ha dejado ella ex profesora. Pareciera el sonido de éstas, la percusión de la obra.

Luego viene alguien más y otro y otros. Yo también me acerco y dejo en la cajita —de madera o de cartón, no lo gro discernir— mi moneda.

*

Al verle de cerca, descubro una cara inescrutable. Su belleza reside en la dureza de sus rasgos faciales y en la ensoñación de sus párpados. Le miro los delgados labios y puedo ver —clarividente no soy, pero adivino parecido— el pasado de una joven pianista, de tez clara, asistiendo a sus clases en horario corrido, como quien va al manantial para saciar una sed inexplicable.

Camina erguida. Linda. Escinde la tarde con su andar en parsimonia. Es una de las alumnas más aventajadas. Serás una gran pianista, dice el viejo y barbudo profesor al verle entrar al espacioso salón en el Conservatorio Nacional. Ella apenas sonrío.

*

Ya desde entonces sus facciones son endurecidas. Bellas, pero cinceladas en quién sabe cuál piedra milenaria. Sigue al pie de la letra las indicaciones del profesor. Él permanece atento. Impresionado. Sólo a veces, y muy ocasionalmente, le hace un ademán de corrección que casi siempre, resulta innecesario. Pero él es el maestro, no hay que olvidarlo.

Y aunque la alumna, que bien podría responder al nombre de Esperanza, sí, me parece que Esperanza podría ser su nombre, ejecuta los ejercicios y las piezas musicales

a la perfección, algo debe aportar, en cualquier momento, él, en su calidad de académico.

Si no fuera por eso, nada habría, nada hay por corregir, por corregirte, alumna querida.

*

Y ahora, en esta ciudad, mucho tiempo después, ella se encuentra aquí. Y la expresión: se encuentra, no es sólo un decir. Ella se ha encontrado aquí, así como está. De este modo es que se ha encontrado. Tú lector, que pasas también circunstancialmente por estas letras, ¿ya te encuentras?, digo, sólo es una pregunta.

Aquí, ella, sentada frente a su piano portátil, un FP-4 Roland; con sus bocinas conectadas. Tocando una obra musical, a Mozart quiero creer, para un público fortuito que pasaba por ahí, que se quedó cautivado por ella y por su música. No logré, en el momento de poner la moneda en la pequeña caja, ver con claridad la causa, la sinrazón, del por qué está ella aquí.

*

Aquí.

En esta apacible tarde. Ya dije que es una tarde, ¿no? En la banqueta de una calle cualquiera, en una ciudad cualquiera, ejecutando la pieza musical de los fanáticos circunstanciales.

No dan para tanto mis dotes adivinatorias. Pero esta vez me arrodillé ante ellas: permítanme, oh habilidades predictivas, por única vez, ir más allá de sus párpados.

Y pude ver en sus ojos cerrados una historia: después que se graduó con honores e inmejorables augurios, luego de doce años de estancia en el Conservatorio y de varias residencias semestrales en el extranjero, Austria y París para ser precisos, se encontró, ella, la joven pianista, con un mundo que, en primera instancia le desengañó y al final, terminó por hastiarla.

Todo era mentira. Quizás no todo. Pero todo. No iban a las mejores salas de concierto los mejores pianistas; debía uno ser allegado a directores de orquesta y ministros de cultura, a representantes artísticos y académicos rancios. El repertorio le era impuesto aun cuando ella prefiriera entrañables oberturas o sonatas breves.

Las ciudades le eran, no sugeridas, sino ordenadas. El vestuario. Los gestos. Los horarios.

*

Tu lenguaje corporal, Amelia. Porque ella también podría llevar con naturalidad ese nombre. Sí, esas milagrosas manos son como las de una mujer cuyo nombre bien podría ser Amelia.

Debía ir a cenas formales en restaurantes especialmente escogidos. Caros. Fastuosos. Y sonreír a todos —a todos— los invitados. Ella, que lo que más ama es la soledad. Debía hacer, debía hablar, callar, sonreír; debía estar, aceptar, no contradecir y llegado el momento debía sentarse y tocar al piano sólo para quedar bien con quien convenía quedar bien... ¡ah! qué gran pianista es usted...

Deber... deber... deber... ¿Y el ser? ¿Y mi música?, se preguntaba ella, a solas, frente al amplio ventanal en su

departamento del quinto piso de uno de los muchos edificios ubicado en el centro de la gran ciudad. ¿Y mi ser?

*

Y ahora, se encuentra aquí. Ante estos ojos míos que han mirado al cielo apenas unos segundos y luego no han podido dejar de mirar la figura surrealista: la pianista callejera.

El pelo blanco, lacio más allá de los hombros; su largo abrigo azul marino, sus ideales de ser quien ella quiso, que vuelan y se dejan llevar por el viento que este amanecer —es un amanecer, ¿verdad amigos?— parece venir a una cita en donde una mujer feliz cuyo nombre podría ser Lucía, sí, claro, cómo no lo pensé antes, puede ser Lucía, con dedos artríticos, de manera magistral ejecuta esta sonata, Mozart, por favor nadie diga que no es Mozart, no sabría qué hacer si alguien lo dijera, de casi siete minutos de duración y tres siglos de universo.

*

El día es ventoso, la ciudad, toda ella, agitada por las postrimerías de una semana en la que me ha sucedido de todo: insomnio de sábado a jueves, dudas, deudas, duendes, tres camisas deslavadas, dos amaneceres a los que no me fue posible asistir. Hasta encontrar un oasis.

Hasta dar con Guillermina, ninguno mejor que este nombre para la mujer que ahora, sin aspavientos, reclinada sobre el piano, termina la sonata. Aplaudimos todos: esta multitud conformada por catorce o quince transeúntes

atosigados por el desamparo de la soledad y, en el último momento, cuando parecía todo perdido, redimidos, en un tramo de banqueta, por la música del piano de Cristina, que, ahora pienso, también ése podría haber sido un buen nombre para ella.

Diecinueve de septiembre

1

El reloj marcaba unos minutos antes de las siete y veinte de la mañana. Estábamos el séptimo piso del Hospital General del Centro Médico La Raza, en la Ciudad de México. Empezábamos a pasar la visita médica a los niños a nuestro cargo. Al frente iba el médico adscrito, Reynaldo Leyte. Yo le seguía como residente de tercer año y detrás venía Juan Carlos Machain, residente de segundo año. Todo anunciaba un día de trabajo como muchos: pase de visita temprano, hacer notas de evolución, entrar a quirófano por los pacientes a intervenir quirúrgicamente; más tarde asistir, todos, residentes y adscritos, a la sesión de enseñanza diaria y antes de ir a casa, ya como a las cuatro de la tarde, pasar otra vez visita médica. Si había hora de reposo, no lo recuerdo.

2

Parecía un día como cualquiera. Pero no. O bueno, usted lector, tendrá mejor opinión. Luego de valorar pacientes

y tomar las indicaciones que el médico adscrito nos dictara, fuimos, los tres, al departamento de las máquinas de escribir, donde por cierto estaban casi todos los demás compañeros.

3

Apenas empezábamos a redactar nuestras notas, cuando sentimos que alrededor nuestro las cosas empezaron a moverse. Los primeros segundos quedamos expectantes. Es un temblor, dijo alguien. Luego, se hizo más evidente el movimiento en vaivén de sillas, mesas, lockers, e inclusive la gran mesa de trabajo. Uno de los compañeros, *El Güero* Velázquez, residente de cuarto año, entre broma y angustia, voz en cuello, dijo a quien estaba cerca de él: ¡ahora sí Baeza, arrepíentete de tus pecados! Todos reímos, pero en la risa había mucho miedo.

4

Fue entonces que empezaron a tronar las paredes. Parecía que alguien, un gigante tal vez, las estaba desmembrando a tirones. Nos abrumó el pánico. Vámonos compadre, dijo Leyte, mi médico adscrito, y sin decir más, salió corriendo por la puerta rumbo a las escaleras. Yo nada pensé: me dejé llevar por el grito y salí deprisa tras él. Y después de mí, también corriendo, salió Machain. Mi compadre se agarró con la mano izquierda del barandal para poder pisar los escalones —no podría hacerlo de ninguna otra manera, debido a los movimientos caóticos de escaleras, ventanas, pasillos, paredes. Yo tomé a mi compadre con la mano derecha de su hombro y con la

izquierda me agarré también del barandal. Sentí la mano de Machain que hacía lo mismo conmigo.

5

Empezamos a bajar desde el séptimo piso mientras no dejaba de temblar. Bajábamos a traspiés. Parecía que caíamos y no, que nos deteníamos y no. Y el ruido, el ruido ensordecedor de las paredes que se cuarteaban. Al pasar por el cuarto piso —debió haber sido el cuarto piso, nadie me pregunte cómo es que lo sé— cayó del techo un rectángulo de tablarroca de tres por cinco metros. Al menos esas medidas me parecieron entonces y me siguen pareciendo aún, ahora que lo recuerdo. Una nube de polvo nos cubrió. Por fortuna la tablarroca no golpeó a nadie.

6

Seguimos con nuestra enloquecida fuga. ¿Fuga? Huída tal vez. ¿A dónde huíamos, de quién? Seguimos bajando como ebrios: caen que no caen, caen que no caen. El tiempo se alargó como nunca. No decíamos palabra. Sólo muy agarrados los tres del barandal y de los hombros nunca dejamos de bajar escalones.

7

Por fin, luego de noventa segundos, que bien podrían haber sido noventa años, llegamos a la planta baja. Seguía temblando, aunque, hay que decirlo, había disminuido la intensidad. Por inercia nos dirigimos a la puerta y salimos

a la calle. Esto no es un temblor —fueron las primera palabras que pronunció Reynaldo Leyte— es un terremoto. Yo tenía la garganta seca.

8

Estuvimos unos minutos en la calle. Mucha gente salía del hospital. Huía, quería fugarse como nosotros. Había hombres y mujeres llorando. Alguien con crisis emocional desorbitaba. Gente arrodillada.

9

Quiero saber cómo está mi familia, pensé. Vamos a casa, dije a los compañeros. Nosotros vivíamos frente al hospital. Sólo debíamos cruzar un puente peatonal por encima del Circuito Interior. Lo hicimos. Ellos me acompañaron. Esperanza y mis hijos, Ricardo de casi cuatro años y Karlita, apenas de cinco meses, estaban en la puerta del departamento, asustados. Llegamos. No sabíamos qué decir. Todos helados del espanto. Mis compañeros intentaron hablar vía teléfono a sus casas, no lo consiguieron.

10

Luego de una hora quizás, tuvimos la osadía —ahora puedo considerarlo así— de subir otra vez al servicio de cirugía pediátrica, que se ubica, como ya dije, en el séptimo piso. Unos minutos más tarde, cuando la televisión pudo recuperar la señal y nos fuimos enterando de lo que había sucedido en el Centro Médico Nacional, en el Hospital

Juárez, el Hotel Regis, el edificio Nuevo León en Tlatelolco, y tantos y tantos desastres similares —demoliciones totales— fue cuando empezamos a darnos cuenta cabal de lo que había sucedido. Dijo el hombre que daba la noticia: se calcula que fue como si detonaran sesenta toneladas de TNT.

11

Fue el diecinueve de septiembre. Un día como hoy, dicen los nostálgicos, pero del año mil novecientos ochenta y cinco. A las siete horas con diecinueve minutos.

Primero de mayo

Un ventarrón azotó la ciudad. Anteayer de tarde, cuando nos encontrábamos en rueda de familia platicando acerca de los cuarenta y siete de mi hermano Saúl, cumplidos ese día, y de mis próximos cincuenta, mirando por la ventana de la casa cómo se iban nuestras cavilaciones diluyendo en la nada y de qué manera se desvanecía todo eso que uno carga dentro sólo con hacerlo palabras, nos sorprendió un viento desatado; un aire que se volvió intenso, brusco, en apenas unos minutos.

En un abrir y cerrar de ojos las ventanas eran golpeadas por el viento enloquecido; se empezaron a ver remolinos por aquí y por allá levantando tierra y azotándola contra los huizaches. Recordamos que cuando éramos niños, nuestra abuela Cristina decía que esos remolinos eran el diablo, ¡y cuidado si te correteaban! Qué pasa con este mes de mayo, dijo Silvia, mi hermana, qué se propone con estos aironazos. Pero estaba dicho que ninguna palabra iba a detener las intenciones del ventarrón.

Saúl checó puertas, cerró ventanas, acomodó cortinas; los demás, entre cervezas heladas y queso picado, seguíamos en la charla. Todavía platicamos un buen

rato antes de despedirnos entre abrazos, abrazos y más abrazos.

De regreso a casa miré por la ventanilla del auto la polvareda memorable, suelta como loca por las calles de la ciudad. Los árboles se despeinaban con el fuerte viento, las ramas eran jaladas a su máxima tensión y las hojas parpadeaban muchas, muchas veces, como adhiriéndose con un último suspiro a la rama. Los semáforos se balanceaban de un lado a otro como en cámara lenta y varios de estos, en los principales cruces, estaban mirando —por decirlo de algún modo— para otro lado distinto al que debieran.

Llegué a casa y me encontré con que la tela de alambre de la barda se había caído; el viento la jaló tanto que terminó por ladearla. De la enredadera que iba por la tela, un nido de pájaros cayó y con él los huevitos que el ave empollara se rompieron al golpearse en la banqueta. El ficus del jardín se doblaba sobre su tronco y daba la impresión que de un momento a otro se iba a tronchar. Por su parte, el pequeño sauce agitaba sus ramas sin ton ni son como jugando, en medio de una alegría inexplicable. Ese no tiene miedo, dijo Ricardo, mi hijo.

Sacamos un mecate y amarramos la tela de alambre a unos blocks de concreto intentando que esta no cayera del todo. Para mi hijo era un reto, para mi hija Melissa de siete años, un juego. Ella se puso los zapatos negros, las calcetas altas y los lentes, *goggles*, de natación los cuales le cubrían muy bien sus ojos. De esa manera no tenía que lidiar, como nosotros lo hacíamos en medio de risas y expresiones de asombro, con el ventarrón y con la tierra que se nos untaba en las mejillas, en los labios, en los ojos.

Al fin, y después de luchar —nunca mejor empleada la expresión— a contra viento, logramos enderezar la tela de alambre. Entramos a casa.

Esperanza, mi mujer, nos recibió todos llenos de tierra hasta en las pestañas y con las palmas de las manos enrojecidas. Ya olvídenlo, decía, otro día lo arreglaremos. Pero no sólo nosotros estábamos cubiertos de polvo. La casa, a pesar de haber cerrado puertas y ventanas, tenía una capa de polvo en todas partes. Los muebles, las cortinas, el piso, todo se escondía bajo una capa de tierra. Afuera el aire no amainaba. De hecho no amainó durante toda la noche. Mirando por la ventana, me pregunté en silencio, a qué horas se desprendería, con todo y raíz, el ficus.

Al día siguiente, a mediodía, salí a vagar a solas por la ciudad. El horizonte eran calles de basura, polvo pegado en cristales de almacenes, semáforos doblados, cables de electricidad caídos. Lo que más llamaba la atención eran los árboles de mango, que apenas ayer estaban cargados a más no poder de frutos, verdes aún, hoy con apenas dos o tres colgados de las ramas; y en el piso, una alfombra de mangos verdes. Daba tristeza ver tanto fruto arrancado del árbol antes de tiempo por un loco ventarrón. Tanto árbol despojado. Pasé por una calle donde más de media cuadra estaba tapizada de frutos verdes; los autos tenían que desviar su curso por las calles aledañas para seguir su rumbo. No sé, pero daban ganas de no mirar. Además, todos estábamos como noqueados, con la cara ajada y los ojos entrecerrados. Yo de pronto no sabía muy bien en dónde estaba ni a qué lugar me dirigía. Alguien dijo, a mí se me andaba olvidando hasta mi nombre. Entonces comprendí:

todos —ciudad, árboles, semáforos, personas— estábamos norteados.

Pero hoy fue diferente. Desde que desperté me di cuenta de que hoy era un día transparente. La luz del sol era nítida, ¿alguien podrá creer eso?, el aire más limpio; los árboles ahora movían sus ramas con parsimonia y sus hojas brillaban con lustre especial. Los semáforos miraban a donde debían hacerlo. Las calles apacibles, limpias. Los cristales de los almacenes transparentes como nunca. Los cables de electricidad en su lugar. Había una paz que se respiraba a cada paso, una serenidad en el horizonte. Todas las personas sabían quiénes eran y a dónde dirigían sus vidas.

Entonces me puse a escribir. Y pensé. También en mi ciudad interior ha sucedido, más de una vez, un torbellino, una mala racha, un vértigo de remolino en las entrañas; una fuerza inusitada y sin control que ha derrumbado cosas, ha removido emociones, ha desbalagado polvo; un ir y venir enloquecido de fuerzas encontradas que han derruido creencias y prejuicios. Pensé en que también he luchado por mantener las cosas en su lugar; entendí que algo dentro de mí es como el ficus del jardín que a cada momento parece troncharse y que, sin embargo, sigue de pie; y que mi sueño de sueños es ser como el pequeño sauce, que en medio del caos se puso a jugar con el viento. Recordé cuánta basura ha sido removida en mi interior, cuánto fruto antes de madurar ha sido arrancado y cuántas ramas de mis sueños han sido forzadas a su máxima tensión.

Aunque también he sabido del día siguiente: de cuando desperté y encontré el alma libre como nunca, con el

brillo de la luz más nítida, con una sensación de plenitud y limpieza que brillaba en mis palabras. De cuando supe que el torbellino interior había sido implacable, pero que ahora mi fuero interno era una alegría y un sosiego que jamás imaginé.

Y ahora que termino de escribir, pienso en mis hermanos, en mi mujer, en mis hijos, que fueron con quienes viví la experiencia. Me pregunto si en el interior de ellos, alguna vez, también se ha desatado un torbellino. Quizás.

Crónica de San Antonio

1

Viajar en autobús tiene su encanto. Siempre lo tuvo. A primera lectura, pareciera ser, ésta, una aseveración anacrónica. Pero aun el hecho de que así lo fuera, pienso, no le resta una pizca de verdad. No tengo nada contra los trenes y los barcos. De hecho, una de mis más caras añoranzas suele ser, que en mi país hubiera transporte ferroviario. Lo que sí, y no voy a negarlo, padezco de una fobia alucinante a los aviones: los evito, los evitaré, hasta donde sea posible. Viajar a pie es bueno, pero suele suceder que uno se cansa pronto. Viajar en auto propio, puede ser, pero al conducir, te pierdes del paisaje. Y de un viaje, como es bien sabido, lo que vale es el paisaje y, claro, el regreso.

2

Voy pensativo. Miro por la ventanilla cómo pasan árboles, potreros, nubes, pájaros. Un solaz regocijo me invade cuando veo el horizonte verdecido por las recientes

lluvias. Las grandes extensiones de tierra, donde se dibujan surcos muy bien trazados, pasan con la rapidez de una vida ajetreada. Voy en el asiento número veintitrés. Me dirijo, con incertidumbre y alegría, a un Encuentro de Escritores a realizarse en San Antonio, Texas. El Círculo de Escritores Latinos de aquella ciudad y la UTSA, tuvieron a bien enviar la invitación y, más por corazonada que por otra cosa, acepté. Y bueno, aquí voy.

3

En un lapso aproximado de seis horas, habremos de llegar a la frontera. En las oficinas de Migración nos harán esperar largos, largos minutos —que luego de un buen rato se convertirán en más de dos horas— para otorgarnos el permiso que nos acredite viajar al vecino país del norte a una distancia más allá de cincuenta kilómetros de la línea fronteriza. En realidad, no se ve que los oficinistas estén ocupados, tampoco parece que les preocupara el hecho de que mucha gente esperemos. Entre quienes esperan, hay algunos corajudos, otros que caminan de un lado para otro sin decir palabra, otros más que permanecen callados con la vista fija en el suelo. Para mí, que el comportamiento de los burócratas lleva toda una intención; ellos saben de nuestro deseo de viajar y son felices —creen, parecen serlo— al ver cómo los que esperan, desesperan. Su prepotencia crece y crece merced a la desesperación de los demás. Qué cabrones —por no decir culeros— pienso, nomás porque tienen la sartén por el mango. Entonces, hago bromas a mis amigos, reímos un poco; contamos chistes, nos olvidamos un tanto

de la espera: es mi propósito no darles gusto a los torturadores psicológicos.

4

Pasamos Alejandro y yo la primera noche en un pequeño hotel de Brownsville. Muy temprano, de hecho antes de que anuncie el alba sus primeros rayos, pasan en auto, Conchita y Tere, por nosotros. Vamos a casa de Ramiro. Unos minutos después nos alcanza Juan Antonio. Sigue sin amanecer. Nos instalamos en la camioneta y tomamos el rumbo de San Antonio. Hay risas entre nosotros. Bromas. Parecemos niños que viajan por primera vez a un parque de diversiones. Es increíble cómo el solo hecho de pensar que vas a leer textos propios, en una ciudad lejana, logre hacer que germine dentro de ti la semilla del entusiasmo. Pero sucede.

5

Las autopistas son impecables. La camioneta —una RAM de doble cabina en color guinda— engulle kilómetros a setenta y siete millas por hora. Cruzamos pueblos, pero no los cruzamos. Es decir, en cada pueblo e incluso en cada ciudad, hay un puente que pasa sobre las casas. Viene siendo como un libramiento, pero por arriba del pueblo. Así que nosotros cruzamos, casi, casi, vía aérea los poblados que en el trayecto se nos atraviesan. Dentro de la camioneta continúa el chacoteo, la risa, el buen humor. Yo miro por la ventanilla. Cómo me gustaría ver

un bache, para cuando regrese a México poder decir, yo vi un bache en Estados Unidos.

6

Después de poco más de cinco horas llegamos a San Antonio. Es hora de almorzar, dice alguien y acierta. Vamos a comer a un restaurante con fama de buena comida mexicana. Alrededor, nos cercan conversaciones en inglés que uno no entiende ni papa. Aunque no faltan por ahí expresiones en español y eso, parece que no, pero apacigua un tanto. Llega la comida y, ah decepción: los huevos rancheros son una masa amarillenta y blancuzca —¿dónde quedarían la cebolla, el tomate, el chile—, los frijoles son de lata, las tortillas de cartón. Aun así, casi todos coinciden: ¡oh!, qué rico desayuno. Yo pienso en aquella canción que dice: *un manjar puede ser cualquier bocado/ si el horizonte es luz y el rumbo un beso.*

7

Nos instalamos en el hotel. Days Inn, es el nombre. Descansamos apenas dos horas, las cuales yo me paso mirando por la ventana el interminable pasar de autos bajo una lluvia intensa que así, de pronto, se deja caer y no cesa. Luego nos llaman vía telefónica para darnos la programación del evento. Me lo dicen así, a bocajarro, como si nada: te toca abrir el programa, serás el primero en leer. Mi reacción es de asombro y desconcierto. Digo tres o cuatro palabras que no es recomendable escribir aquí, algo así como, no mamen, por qué me hacen esto.

Mis amigos quedan en silencio. Luego me arrepiento de mi reacción y corrijo: está bien, algo de bueno tendrá eso de ser el primero. Y entonces la risa, la broma, el júbilo, se esfuman, me abandonan. Me torno reflexivo: Cómo será el lugar en donde leeremos. Cuánta gente asistirá. Y si no logro construir una atmósfera acorde a mi lectura. Qué tan exigente podrá ser el público hispano de San Antonio...

8

Llegamos a la Universidad de Texas, Campus San Antonio. Es un portento de escuela. Edificios con arquitectura vanguardista, por decir lo menos; amplios, altos, con jardines espaciosos, aulas inmensas, ventanales de cristal panorámicos. Todo el lugar, desde que ingresamos, climatizado. Primer mundo, pienso, y una extraña amargura me revuelve el vientre. No es que me amargue conocer el Campus Universitario. Sólo que es inevitable la comparación. Creo que fue un sabio quien dijo aquello de que las comparaciones son odiosas. Sin embargo, viéndolo bien, noto que falta algo: hace falta bullicio, faltan muchachos riendo a carcajadas por los pasillos, cantando sentados en el pasto con la guitarra en las piernas y el sueño en la mirada, falta un chico de pelo largo y una muchacha con pantalón de mezclilla, caminando en cámara lenta, absortos, abrazados. Cierto, es primer mundo, pero algo le falta.

Pasamos a la sala donde será la lectura. En realidad, es un lugar menor al que imaginé. Es un salón para unas cincuenta o sesenta personas. A su entrada me maravillan dos sorpresas: una, que diga Salón Canarias, y en la pared haya una mega-fotografía precisamente de las Islas Canarias, donde aparece Lanzarote, que es el lugar donde José Saramago —mi mentor, así lo he adoptado, aunque él nunca lo supo, nunca lo sabrá— viviera los últimos años de su vida. En la pared de enfrente hay unos cuadros, casi murales, surrealistas, que me dicen mucho: cuadros de colores varios y con imágenes construidas con flores de margaritas. Aquí voy a leer, pienso. Me mantengo apartado del grupo. Todos se presentan entre sí, se saludan sonrientes, hacen migas fácilmente. Yo los veo de lejos. Tengo un nudo aquí, aquí, detrás de la lengua. Si alguien se acerca y saluda, apenas respondo con leve movimiento de cabeza. Voy a decir mis textos, y los oyentes serán un buen número de desconocidos.

Estoy frente al público. La mayoría, por lo que he podido escuchar, son escritores. Sólo un grupo sentado allá, al fondo, parece no serlo. Abro mi carpeta. Agradezco la invitación. Y digo que leeré textos escritos en los recientes diez años. Empiezo: *Yo soy un hombre que vive de abrazos/ agua y pan/ sueños y penas/ son necesarios/ pero no indispensables como los abrazos...* Miro los ojos de los escuchas. Parecen atentos. Luego sigo: *Yo tampoco sé a dónde*

iremos/ por esta incertidumbre que llaman camino... Y sigo con otros textos que me han acompañado desde hace diez u once años. Termino, después de unos quince minutos, con aquel que dice: *sólo quiero un abrazo/ ¿alguien podría/ acercarse y dármelo?...* Me pongo de pie. Los aplausos suenan lejanos, como aleteo de palomas asustadas que se van. Cuando voy camino a mi asiento —al fondo del salón por cierto— se me atraviesan una, otra y otras, creo que cinco o seis personas, dicen, yo te doy el abrazo que necesitas... y se me echan al cuello. Sus ojos están húmedos. Sólo son poemas, digo a media voz, sólo son poemas. Al final, a un lado de mi silla, están dos mujeres mayores; una, deduzco por su acento al hablar, española; y la otra, quizás, chicana. Ambas me abrazan muy fuerte. Sólo son poemas, repito cohibido. La chicana, que es un mar desbordado, dice: eso debí escribirlo yo. El tiempo se detiene. Yo no sé cuál actitud tomar, qué decir. Me abruma de sobremanera. Como puedo, tomo asiento. Cuando termina la sesión de lectura, me abordan las dos mujeres cercanas, y me piden las copias de mis textos. Lo pienso dos, tres, cuatro segundos. Nunca en mi vida las había visto, pienso. Quizás nunca las volveré a ver. Finalmente se los entrego. Sacaremos copias para tenerlos ambas, dice, con su acendrado acento, la española.

Luego leyó Alexandra Botto, Alfredo Ávalos, Conchita Hinojosa, Gabriela Madrid, Ramiro Rodríguez y otros que ahora escapan de mi memoria. Buenas lecturas. Ágiles. Gente con una convicción por las letras a toda

prueba. No haré aquí un análisis de los textos presentados. No soy quién para hacerlo. Más bien quiero decir que esa tarde resultó ser una buena experiencia. Luego, ya de noche, los anfitriones habían preparado la cena en casa de Alfredo. Es una casa estilo gringo: construcción de madera en las paredes y otro material, que bien podría ser cartón maché, formando los pilares donde reposan los techos. Tiene un jardín, césped recortado a la perfección, al frente. Cuatro escalones a la entrada. La sala y el comedor son amplios. Las ventanas panorámicas. Ahí cenamos mariscos acompañados con vino tinto. Yo, como siempre, o como casi siempre, con tres copas de vino me pongo risueño, jubiloso, ocurrente y en paz con la vida. Maravillas inexplicables que el vino genera. *Bendito sea el vino tinto/ que me ayuda a ser quien soy/ me hace feliz donde voy/ y me libera el instinto/ alumbra mi laberinto/ enardece mi pasión/ y si busco una canción/ en lo oscuro de la noche/ sin atisbo de reproche/ canta con mi corazón.* Recuerdo mi décima y creo, aunque no lo puedo asegurar, que la digo en voz alta, ahí, en medio de una noche cerrada, lluviosa, a la persona con quien en ese momento platico. ¿Quién era?

12

Dormí a pierna suelta. Como pocas veces. A la mañana siguiente, muy temprano —apenas son las ocho de la madrugada, dije a mis amigos y rieron de buena gana— ya estamos desayunando. Enseguida vamos a la UTSA. Escuchamos a otros escritores. Ahora leen: Juan Antonio González, Javier Villarreal, un hombre de origen chileno cuyo nombre es Santiago Daydi-Tolson, Marcos Rodríguez

Leija. Luego leen nuestros amigos Tere Loera y Alejandro Rosales. Lee un muchacho de pelo largo y coleta, una especie de *collage* entre canto-texto en inglés-texto en español-canto, en el que, a decir verdad, me pierdo. El Encuentro termina entre el jolgorio y alegría de los asistentes. Todos ríen. Platican. Se intercambian libros y direcciones electrónicas. Se hacen promesas de nuevas amistades. Salimos del campus universitario y pido a mis amigos me tomen unas fotografías, para que me crean que estuve aquí, digo, y reímos otra vez.

13

Ya venimos de regreso. La camioneta guinda vuela sobre las autopistas texanas. Pero, a que ni saben qué: ¡nos perdemos! De pronto, Ramiro, quien va al volante, está desconcertado. Toma un rumbo, sale en otro. Toma una autopista, luego otra. Ve los letreros verdes en cada bifurcación de carretera. Hasta que por fin, después de un buen rato, logramos dar con la dirección correcta. Ya venimos de regreso. Lluve desde que salimos de San Antonio y no dejará de llover durante todo el trayecto hasta Matamoros. Es el ciclón Karl que según los noticiarios televisivos, ha pegado con fuerza inusitada en el estado de Veracruz. Dentro de la camioneta, nosotros conservamos el buen humor. Comentamos algunas lecturas. Sigue lloviendo. Las carreteras paralelas a la autopista están inundadas y, en un momento dado, allá, a lo cerca, vemos un auto volcado: las llantas hacia arriba, el capacete en el agua. Parece que recién ha sucedido el accidente. Una ambulancia lo asiste. Ya venimos de regreso. Pregunto a

mis amigos: ¿por qué viajar dos mil kilómetros sólo para leer diez poemas? Ellos parecen no darle mucha importancia a la pregunta, pues, por gusto, ¿no?, porque nos gusta. Alguien más, dice: para desconectarse, de alguna manera, de la rutina diaria. Yo me hice la misma pregunta la noche anterior, antes de dormir: por qué viajar tan lejos para leer poemas. Ya venimos de regreso.

14

Viajar en autobús tiene su encanto. Siempre lo tuvo. Ahora viajo solo. Mis amigos se quedaron en Brownsville, Matamoros y Victoria. Regreso a El Mante. Vengo en el asiento número veintitrés. Miro por la ventanilla cómo pasan árboles, nubes, pueblos pequeños, animales. Llovizna en algunas partes de la carretera. El horizonte parece la vida, me digo, pasa demasiado rápido y cuando te das cuenta, ya empiezas a envejecer. Una limpia emoción, sin embargo, me conmueve. De pronto, tengo la impresión de que yo debí haber sido viajero de profesión. Viajero, para nunca estar en el mismo lugar. Viajar. Viajar sin rumbo, en autobús, o en tren, por supuesto. Viajar para buscar y no encontrar. A dónde vas, preguntaría la gente. No sé, sólo viajo por viajar, diría yo con la mirada puesta en el horizonte. En ese horizonte colmado de nubosidades grises que ahora mismo pasa y pasa y no termina de pasar.

Carta Fantini

Para don Carlos, un abrazo

Aquí me tiene don Carlos, otra vez de visita por su casa. Yo quisiera venir más seguido, pero, ¿sabe?, soy un esclavo del tiempo: lo vivo con tal vehemencia, quiero todos los momentos, y esto, me ha traído a concluir, entre otras tantas locuras, que necesito días de por lo menos, treinta y seis horas.

Mientras conducía el automóvil, vi caer un manto de penumbra sobre la ciudad; descubrí, en el oriente, lo cobrizo de la media luna; seguí con la vista a una ruidosa parvada de tordos que, al llegar a un ficus, de pronto, enmudeció.

Esto sucede todos los días, dirá usted, que tiene mirada de poeta. Y seguro que así es. Pero a veces la prisa y la rutina, esas lacras del siglo veintiuno, nos impiden ver más allá de nuestros brazos extendidos. En estos tiempos, por ejemplo, de noche, ya nadie mira al cielo. Esto propicia una ceguera mundana que a su vez hace germinar el egoísmo, esa pandemia de nuestro tiempo.

Le decía, don Carlos, vi los canales reventando de agua y usted apareció por mi memoria. Entonces me sentí en

paz con el mundo, sereno conmigo, porque no cualquiera, me dije, tiene la suerte de contar con un amigo poeta. Suerte, que ahí, mientras el rojo del semáforo me detenía, con humildad sosegada, agradecí a los dioses.

Si usted preguntara por qué escribo estas cosas, yo respondería con las tres palabras que encierran toda mi sabiduría: no lo sé. Nada sé amigo mío. Ignoro las razones del nacimiento de un niño o de la infelicidad de los hombres. Desconozco los atajos de la vida, los paisajes del futuro, el destino de los árboles. A veces pienso que todos compartimos igual procedencia y que, al final, todos terminaremos en el mismo lugar. Pero no lo sé. Y tal vez por esa crónica imposibilidad de saber, he preferido andar la otra vereda: la del ser.

Ya muy cerca de su casa, cruzando la vía del tren, me alcanzó la noche. El manto apenas grisáceo, se había convertido en cerrada negrura. ¿Es así como se va la vida?... ¿del claro al oscuro deteniéndose apenas un instante en la línea divisoria?

Quizás mi única certeza, que seguro vale por todas las incertidumbres, es que creo en los poetas. Y por eso, faltaba más, creo en usted.

Aquí me tiene don Carlos, otra vez de visita por su casa.

Marotas en el Metro

1

Hoy, día domingo, abrí los ojos mucho antes que el amanecer. Aún medio dormido, busqué el reloj: marcaba las cinco. Dónde estoy, pensé, desorientado, como suele sucederme cuando duermo fuera de casa. Tardé varios minutos en la incertidumbre. ¡Ah, sí!, el hotel Montecarlo. Luego, como si nada hubiera sucedido, intenté volver a dormir, pero fue en vano. La noche anterior habíamos presentado el libro *Marotas* en el Metro de Tampico y quizá por ello, como a la una de la mañana, al llegar al hotel, me había sido difícil conciliar el sueño. Y ahora, para variar, despertaba muy temprano.

Pasan, sin parecer que pasen, largos minutos y sigo con los ojos abiertos. La oscuridad me circunda. Una pequeña ventana, que habíamos dejado entreabierta, permite que un poco de luz y los ruidos de la calle lleguen hasta nuestra habitación. Vienen a mi mente las imágenes de anoche: El Teatro Experimental, su iluminación, el vasto espacio; un público expectante, La Petenera de los huapangueros, nosotros leyendo. Nosotros, éramos

Amparo González Berumen, quien es la anfitriona del evento, Arturo Castillo Alva, poeta, Gustavo Sánchez Tuddón, ilustrador del libro, y yo. Y al final, la salida inesperada de Las Marotas, su baile frenético, grotesco. Y luego, los aplausos. ¿Qué son los aplausos? ¿A dónde van a dar?

2

Vuelvo a ver el reloj. Marca las cinco y media. Y yo todavía despierto. Entonces me invade algo así como una maravilla. Salgo de la cama. Sin prisa me visto y digo en voz baja a Esperanza: ¡Hey!, voy a salir un rato a caminar. Ella, desde su plácido sueño, apenas contesta: está bien, cuídate, no tardes. Salgo al pasillo alfombrado del hotel. Estamos en el quinto piso. Camino hacia el elevador. Espero. Ya dentro del ascensor me viene una crisis de soledad. ¿Por qué, con cada año que pasa, le pesa más a uno descubrirse solo? Este cubo iluminado desciende muy despacio, tarda casi un año en llegar a la planta baja. Salgo a la calle. Aún prevalece la oscuridad. En realidad, hay pocos autos circulando. Entonces, ¿de dónde venía tanto bullicio hasta nuestra ventana?, ¿era mi propio ruido interior?

3

Camino tres o cuatro cuadras, subo y bajo dos puentes pequeños que hay sobre sendas rías y ya estoy en la orilla de la Laguna del Carpintero. Tampoco es agua por todas partes. Voy despacio. No llevo prisa. Así me gustaría pasar por la vida, pienso, sin apuro y, de ser posible, con el menor ruido posible. Permanezco largo rato

mirando el agua quieta de la laguna, las siluetas oscuras de los árboles en la periferia y al centro de la misma. Por un momento pienso que por aquí no habrá más gente a estas horas y otra vez me asalta la soledad. Aun así camino; hay una vereda, con piso de tierra desbalagada, ex profeso. Así que por ahí me voy, a paso lento, sin quitar la vista del agua y de los árboles. Apenas doy los primeros pasos, me sorprende encontrarme con dos o tres personas que hacen caminata matinal. ¡Vaya!, suspiro con alivio.

3

Sigo andando por la orilla del agua. Al cabo de otro buen rato, empieza a amanecer. Una claridad, al principio leve y luego deslumbrante, asoma en el oriente. Nubes grandes se tiñen de colores varios: rojos, amarillos, plateados y otros para los cuales no encuentro vocablos. Hacía ya varias semanas que no asistía a un amanecer. Craso error, con lo feliz que me hace verlos. Y pienso otra vez en la lectura de anoche: Veo a mis amigos leyendo en una mesa de manteles sobrios. Me veo diciendo los versos de *Marotas*; dejándome arrastrar por las imágenes que desde niño me quedaron grabadas y que ahora son letras y dibujos.

4

Y otra vez el miedo existencial regresa con la misma fuerza, cuando en el texto número diez del poema, el diablo se acerca y mirándome a los ojos, dice: tú eres de los míos. Eso dice él, reflexiono, pero todavía falta que yo

le crea. Y otra vez miro hacia donde amanece. Perverso diablo, cómo tientas al hombre (y a la mujer). Veo a Las Marotas, que vinieron de Antiguo Morelos, y ahora salen a bailar aquí en el teatro. Su baile es frenético y grotesco, tiene algo inexplicable y provoca que un escalofrío te recorra el cuerpo. El trío de huapangueros, también de allá, del pueblo, le rascan a la quinta y a la jarana con afán del bueno, mientras el violín va y viene por su melodía circular, inacabable, que resulta festiva y mística y para qué queremos más. La gente, con escasos aplausos, lleva el ritmo en algunas partes de las canciones y del baile.

5

Ya caminé casi una hora. Sigo encontrando personas dedicadas a su entrenamiento mañanero. Algunas me saludan, buenos días, y no sé por qué, pero siento un verdadero alivio cuando les contesto. Hace unos momentos amaneció y, al menos para mí, fue de un modo inusual: el sol, apenas dibujado, círculo en color naranja, que no alcanzaba a encandilar porque las nubes hacían las veces de pantalla, se asomó como si nada. Y así, en círculo anaranjado, se reflejó en el agua. Y poco a poco, esa imagen se fue alargando en el espejo acuático. Yo iba lento, siempre lento, y el sol del agua iba tras de mí. Por momentos, sólo por ver su reacción, yo apresuraba el paso, y el sol no se me despegaba. ¡Vientos!, amanecí con suerte, apenas empieza el día y hasta el sol me sigue, bromeé conmigo. Y asomo una sonrisa.

Quizá el atisbo de sonrisa, apenas premonición de júbilo, es porque ahí está la gente, en la sala de espera del teatro. Algunos con una copa de vino tinto en la mano, otros en fila, a la espera de los libros. Los huapangueros cantando y una o dos parejas entrándole al baile. Y luego un abrazo, dos, tres, muchos abrazos. Firma por favor el libro. Felicidades de veras. ¿Y todavía salen por las calles las marotas? ¿Podemos ir la próxima Semana Santa a tu pueblo? Y yo, que no sé bien a bien lo que sucede, gracias, gracias, intento sonreír o firmo libros. Esperanza, sentada junto a mí, con prestancia, me ayuda en todo. Fotografías, flashazos, una entrevista. ¿Esta es mi copa de vino?, yo quiero brindar con todos. ¡Oigan!...

No paro de caminar. No me canso de mirar el agua, no se cansa de seguirme el sol. Paso por un ralo pinar. Son pinos jóvenes, se les nota, de tronco y ramas delgadas, altos y apenas se balancean si viene un mínimo viento. Miro allá, del otro lado de la laguna, la silueta del Espacio Cultural Metropolitano. El Metro, para entendernos. De lejos se ve muy grande, de cerca es imponente. Ahí vas a leer, me había dicho Esperanza ayer de tarde cuando llegamos al estacionamiento, a poco no te gusta. No contesté. Dentro de mí había respeto, alegría y miedo, mezclados. ¿Qué resultará de esta mixtura? Ahora, desde lejos lo veo distinto: anoche, ahí, fui feliz.

Llego a un angosto y largo puente de madera que cruza la laguna. Camino sobre él. A mitad del puente me detengo. Miro el agua quieta y sus pequeñas olas. Ojalá que así fuera yo por dentro, ese es mi sueño de años. El sol ya asciende por el cielo. A momentos se asoma del todo y empieza a calentar el día. Por mi frente resbalan gotas de sudor. Permanezco largo rato con la vista fija en el agua: qué me dice, qué necesito escuchar este día, a esta hora. Hay un momento en que, de tanto mirar el agua, tengo la sensación de que el puente se desliza en contra de la corriente. Lo sé, es un efecto óptico, pero me gusta. No muevo la vista, trato, en lo posible, de no parpadear. Sé que es ilusión óptica, pero disfruto, de verdad, esta sensación de navegar las aguas de la laguna sobre un puente de madera. Navego. Navego. ¿En busca de qué?

Al final, cuando ya casi todos se han ido, alguien dice: vámonos a la cena que la gente de Tampemol, radicada en Tampico, tuvo a bien organizarnos. Vámonos. Llegamos a la cena. Nos reciben con aplausos. ¿Qué son los aplausos? ¿A qué parte de uno van a dar? Ahí están los huapangueros trovando. Está la gente del pueblo. Jacobo Castillo con las marotas, a quienes no puedo llamar por su nombre porque siempre andan enmascarados. Vinieron también Raquel Calderón y Alma García. Es una fiesta. Rosa Ledezma, la anfitriona, está feliz; saludo a Marcos, su hijo, a quien tenía más de cuarenta años sin ver. El profesor

Abelardo Castillo me dedica unas palabras. Profe, ya no siga, que no ve este nudo que traigo aquí, en la garganta. Luego reparten, para todos, pemoles, el pan nuestro de todos los años.

10

Quedo en silencio en medio de la fiesta y entonces me convierto en una mezcla de recuerdos e imágenes: familia, escuela primaria, una maestra inolvidable, marrotas, una casa con cielo de palma. Un niño de seis años, menudo, enfermizo, asoma por mis ojos. Años después, irme, hacer mi vida en otros lugares. Luego, volver en vacaciones de verano, en año nuevo, a donde los primos, las primas, los amigos. Y luego volver a irme. ¿Qué ha resultado después de todo eso en mi fuero interno?

11

Sigo navegando en el puente sobre el agua. A ver a qué horas regreso al hotel.

Una carta

Para Karla Celeste, mi hija

Ayer, a mediodía, recibí una carta. Digo a mediodía, porque como es fin de semana, desperté y salí de la cama ya muy tarde. No teniendo nada en especial por hacer, salí al jardín que está frente a la casa y fue así como pude ver que en el buzón de nuestra barda había algunos papeles. Deben ser los recibos de luz, agua, teléfono, pensé, mientras me acercaba. Y efectivamente, eran esos documentos y otros más que anunciaban propaganda en tiendas varias de autoservicio. Pero, entre éstos, había un sobre pequeño, blanco, con tres timbres, no tres tristes timbres, sino tres timbres, pegados en su esquina superior izquierda. Una carta, pensé, en estos días en que ya no se reciben sino correos electrónicos y notificaciones vía redes sociales. Una carta.

De pronto volví a los años setenta, del siglo veinte, por supuesto, cuando siendo estudiante universitario y viviendo fuera de casa, debía comunicarme por carta con mi madre. También lo hice con mi padre, pero él más bien era de poco escribir. De igual manera, con algunos amigos cultivé esta costumbre; digamos que, con todos ellos

llegué a cartearme, verbo, por cierto, extinguido o, por lo menos, en vías de extinción. Era así como iban y venían papeles escritos. Buenas noticias, malas, regulares. Algunos proyectos, sueños, desengaños. Cuánto puede caber en un papel en blanco que, luego de ser rallado por el bolígrafo, deja de ser sólo eso y se convierte en algo así como el vocero de nuestros mundos interiores. Cuánto.

Entré a casa, dejé los documentos en la mesa del comedor y me fui al cuarto, donde a veces me encierro a escribir. Miré la carta una y otra vez. Los timbres estaban pegados de manera casual, no alineados de manera particular, sino más bien con la naturalidad de quien se siente en confianza. Vi el sello de correos. Años que no lo veía. Trae la fecha de hace diecisiete días. No ha mejorado mucho, que digamos, el correo en este país, pensé al tiempo que forzaba una desangelada sonrisa. Luego, observé la letra. Es una letra bien hecha, legible, con trazos redondos que hablan de una mano sensible. Además, ya desde ahí, se podía adivinar —puntos, comas, acentos— una sintaxis y ortografía dignas. Vaya, me dije, buenos motivos para empezar el día.

Abrí el sobre rompiéndolo, con los dedos, por la orilla de uno de sus lados pequeños. Lo hice, no me avergüenza decirlo, con cierto temblor en las manos. Qué quieren, hace no sé cuántos años que no recibía una carta. Antes, había leído el remitente y ya desde ahí, el corazón amenazaba salirse de sus casillas. Calma, le dije como siempre, tratando de que no enloqueciera antes de tiempo, espera a saber lo que dicen las letras. Saqué las hojas. Eran varias. Muy bien dobladas una sobre otra y otras. Se notaba que se había puesto especial cuidado al hacerlo. Por

costumbre —si se quiere, boba— me acerqué las hojas a la nariz y aspiré profundo. No tenían aroma especial. Sin embargo, me pareció que una avalancha de años vividos, se me venían encima.

Empecé a leer.

Un momento antes de hacerlo, pasó por mi mente la primera carta que debí enviar en mi vida: andaba en los siete años, cursaba segundo grado de primaria; apenas el año anterior había aprendido a leer y escribir, y ahora la maestra nos enseñaba qué es y cómo debe redactarse una carta. En aquella ocasión, imagino, debí escribir no más de diez renglones, pero eso sí, apegado a las normas de buen formato y expresión que una misiva requieren. No recuerdo lo que anoté, lo que sí puedo asegurar es que iba dirigida a mi madre. La propia maestra nos llevó, a todo el grupo escolar, al correo del pueblo y fue así como cada alumno depositó su primera carta.

Empecé a leer, decía. En la parte superior, un poco a la derecha, estaba escrito el nombre de la ciudad de procedencia y la fecha de envío. Luego de dos espacios, en el margen izquierdo, mi nombre, precedido por esas dos palabras que, no por usuales, dejan de ser únicas: muy querido... Con los primeros renglones, un rubor extraño subió de la espalda a las mejillas. Tragué saliva despacio. Seguí leyendo, poco a poco, palabra por palabra, casi podría decir letra por letra, dejando que cada expresión, cada frase, fuera haciendo ese milagro que significa el que un mínimo escalofrío recorra los brazos, el cuello, la espalda. Avancé con los ojos ávidos, mas no de prisa, deletreando párrafo a párrafo aquella singular misiva. Casi al llegar al final de la primera página me detuve. Miré al cielo de

la casa y aspiré hondo. Quise no concederle importancia a este hecho. Di vuelta al papel y en el reverso —también ahí seguía la escritura— continué leyendo. Terminé esa hoja y luego seguí con la otra y las otras y las demás. Por todas, eran seis cuartillas escritas, contando ambas caras.

Leí. Me detuve. Retomé la lectura. Volví a respirar hondo. Al llegar a la quinta página, ya cuando parecía anunciarse la despedida, no pude más: me paré de la silla con las hojas de papel en las manos y, luego de cuatro lentos pasos, me puse a mirar el cielo por la ventana. Era un infinito lienzo azul transparente. En días recientes ha llovido mucho en la ciudad, pero hoy amaneció despejado, con un cielo mucho más grande que el de costumbre. ¿Sabían acaso la lluvia y el viento que yo recibiría esta carta y han dicho a las nubes, no se conglomeren hoy, por lo menos unas horas? Porque, de verdad lo digo, yo no podría haber leído esta carta con un cielo nublado, no podría haberlo hecho. Miré largo rato, sin parpadear, un punto perdido en una distancia innombrable. Sin darme cuenta, por unos instantes, ¿instantes?, me fui de este mundo.

Desperté, cuando otra vez, sentado en la silla y con los codos en el escritorio retomaba la lectura. La última página la leí, para decirlo con todas sus letras: en cámara lenta. Cada vocal se alargaba, cada consonante volvía. Podía palpar los verbos, mirarme en los adjetivos, sentir la tersura de la palabra melancolía, la utopía del vocablo felicidad. En la lengua se deshacían artículos, preposiciones, comas, puntos suspensivos; en los ojos hormigueaban las palabras agua, sal, mejilla. Entonces, me vino una increíble visión: en cámara lenta pude mirar, a través de la piel, cómo iban por mis venas, cada palabra y cada expresión

que, al final ya, disueltas en el torrente sanguíneo, por fuerza deberían llegar hasta esa estación de trenes miniatura, en donde deben hacer escala todos los sueños y que nos ha dado por nombrarle corazón. Ahí ejercían su efecto: atormentarlo, disuadirlo, apaciguarlo. Y así, en cámara lenta, llegué al final. No podía creer, aunque ya lo sabía, el nombre de quien la firmaba. Era mucho para mí. Es mucho para mí. Siempre seré recipiente rebasado, luego de haber recibido estas letras.

Terminé de leer la carta. Estaba exhausto. Como quien corrió quince kilómetros al encuentro de una voz que decía ciertas palabras que le devolverían la vida, y al final llegó para encontrarse con una ventana abierta y el cielo más grande que ojos humanos hayan visto y verán jamás. Nadie le dijo tal cosa, nunca lo leyó en un libro, simplemente lo veía. Y ese era yo. Y eso era todo.

Santos días los de la poesía

1

Son las cinco de la tarde. Estoy sentado en una banca de la plaza Felipe Carrillo Puerto, en Ciudad Madero, al sur de Tamaulipas. El día es nublado. Esta semana ha llovido como si por estos lugares nunca hubiera caído agua del cielo. En otra banca, una pareja de novios no pierde el tiempo. Más allá, tres viejos, adivino, jubilados, ríen con desparpajo. Me pongo de pie, camino lento por la banqueta, llego a la otra esquina. Miro a ningún lado, lejos, cerca, al cielo, a las ramas de los árboles. El aire de agua me impregna la nariz. En unos minutos más, cantaré ante la gente. Hace más de diez años que no lo hago. Antes, cantaba a la menor provocación. No es que gozara de fama como cantante —nunca lo fui, no lo seré— pero en aquellos días, apenas alguien me decía, hola, y ya le estaba cantando su canción. Era algo, casi instintivo, lo reconozco, pero no soy culpable del todo. Con los años supe una historia que todavía hoy me conmueve: mi madre, que ahora anda por los ochenta y cinco, y aún toca la guitarra, cuando tenía siete años de edad, se paraba en la

banca, afuera de la tienda de abarrotes de mis abuelos, y gritaba a quienes por la calle pasaran: ¡hey!, deténganse ahí... les voy a cantar una canción! Son las cinco y media de la tarde. Estoy sentado en una banca de la plaza. A pesar de la adrenalina, que en estos momentos circula en cantidades alucinantes por mi sangre, sonrío cuando digo en voz baja: la genética no falla.

2

Ahí están los compañeros poetas y algunos invitados formales; otros que son casuales y quienes no podían faltar: los entrañables. Estamos en la inauguración del Encuentro de Escritores Los Santos días de la Poesía, versión 2013, en el Centro Cultural Bicentenario. Ya se dijeron las palabras oficiales por parte de funcionarios de cultura locales y organizadores. Acuno la guitarra y digo: buenas tardes, *Yo soy un hombre de tantos/ perdido en la muchedumbre/ llevo en el pecho una lumbré/ que sólo ven unos cuantos/ entre amarguras y cantos/ voy forjando mi presente/ Quisiera ser diferente/ pero me gana el destino/ Así que a solas camino/ extraviado entre la gente...* Termino la décima y enseguida me pongo a cantar. Esta vez traigo poemas de amigos, a los cuales he puesto en música. Canto a Marisol Vera, Arturo Castillo Alva, Jesús Polanco, Águeda Andrade, Celeste Alba Iris, Marisa Avilés, Roberto Villarreal, Carmen Quiroga. También incluyo *El hombre de los abrazos y Árboles*, ambas mías. Termino el recital y me sorprende la respuesta del público. Y digo, me sorprende, porque esto de cantar a mis amigos lo he venido haciendo hace —justamente— veintitrés años. Empecé

con los poetas de mi ciudad, grabamos un casete (de aquellos tiempos) que luego se convirtió en CD. Con el paso del tiempo, a medida que los fui conociendo, lo hice con varios tamaulipecos, incluso, a veces, sin que ellos lo supieran. Y ahora los aplausos —aves invisibles— vuelan sobre mi cabeza, rozan el cabello y, a pesar de que puertas y ventanas son casi herméticas, escapan por entre las rendijas, salen a la calle, se deshacen al viento.

3

Al día siguiente, mientras desayuno, veo venir a Marisol. Olvido la comida. Me pongo de pie impulsado por el resorte de la alegría y voy a su encuentro. Nos saludamos con abrazo apacible. Nos decimos dos o tres palabras, ninguna. Nos miramos con el júbilo como sólo pueden verse los amigos. Más tarde, en la jornada de trabajo, celebramos el Coloquio Verbigracia. Cada uno de nosotros hemos escrito un Ensayo sobre un escritor tamaulipeco, de preferencia poeta, nacido antes del año setenta, del siglo pasado, por supuesto, y leemos un resumen de dicho trabajo. Se lee acerca de Francisco de P. Arreola, Juan José Amador, José Arrese, Jacobo Mina. Yo escribí sobre vida y obra de Carlos R. Fantini, poeta por definición de la ciudad en donde vivo: El Mante. Entre otras cosas, dicen esas letras, que tengo la impresión de que la ciudad le debe a don Carlos, no sólo el reconocimiento público de sociedad y autoridades, sino la publicación completa de su obra literaria, que por cierto está inspirada, en su mayoría, por el amor que le tiene a esta ciudad en la que él nació y donde ha pasado su vida. Marisol Vera, de Ciudad Madero, y José

Olvera, de Nuevo Laredo, reseñan algo de mis letras. No sé qué actitud tomar. Me cohíben sus comentarios. Encuentran en los textos, expresiones y metáforas para mí desconocidas. Así es esto, divago. Sin embargo, la última palabra, acerca de mis letras, la tendrá el tiempo. Y para entonces ya no estaré aquí, ya no estaré, quiero decir a José y a Marisol. Y no lo hago.

Al mismo tiempo, los escritores que vienen de otros estados del país, se van a desarrollar el plan Interviniendo Horizontes. Van a escuelas secundarias con su palabra y su poesía, Alejandro Ipatzi, Arminé Arjona, Lucía Mendoza, Mary Paz Mosqueda, Magdalena Guerrero, Romina Cazón, Carmen Amato, Elí Isaí, Natividad Garza Leal, Gabriela Chávez, Andrea García de León.

4

Ese día conozco a Alejandro Ipatzi. Él viene de Tlaxcala. Y así, nomás porque estamos sentados uno cerca del otro, me obsequia una y otras postales de Totolac, el lugar donde reside; una es del templo edificado en los últimos años del siglo XVII; otra, de un mural cuyo título es Pan de fiesta, que representa costumbres e historia de San Juan Totolac; y otra más, que es obra del propio Alejandro, de título Juguete olvidado, donde aparece una imagen que sugiere un títere deforme con los hilos que lo mueven, lleva cuatro versos escritos en la parte inferior a la izquierda, que a la letra dicen: Eras sólo una niña/ que se olvidó un beso en mi boca/ y me pasé los años/ tratando de devolvérselo a tu recuerdo. Al segundo día hicimos

un trueque de libros, él me dio *Sol y quebranto*, de José Pérez Márquez y yo le entregué *El Zarzo de los Pemoles*.

Por la tarde escuchamos la lectura Vecinos del mar, donde leen Martha Izaguirre, Diana Zamora, Sandra Ruth Sosa, Leslie Dolejal. A mediodía, Martha me había regalado su libro No mires el reloj. Unos minutos antes de que subieran al escenario, crucé algunas palabras con ella. Lee el prólogo, sugerí. ¿Te gustó? Sí, es muy ingenioso. Ya en uso del micrófono, lo hizo. Qué más pedir.

5

Más nohecita me acerqué con Arminé Arjona. Quiero conversar contigo, dije, sin decir agua va. Yo igual, o algo así, contestó. Ella sólo es ella. Anda siempre con la palabra lúcida en los labios. Dice que es una diva-gada, de-mente abierta, una mujer mara-biliosa. Alguien preguntó, dónde hay una fonda, y enseguida ella me dice: ¿tú, ya tocaste fonda?

Por la noche, la gente de Nuevo Laredo invita a su cuarto, se corre la voz, díganle a Acosta que lleve la guitarra. Ahí escucho cantar a Elí Isaí. Trae entre manos algo que nombra Nueva Canción del Norte. Él viene de Chihuahua. Canciones tradicionales, propias, con un sesgo norteño dos-mil-trecero, alternativas unas, cáusticas otras, las más, ingeniosas. Aunque también, a solicitud de nosotros, canta Esto no es una elegía, de Silvio, o Nube negra, de Sabina. Al día siguiente, en Torratos Café Gourmet, Elí hará su recital. Sonará muy bien.

En la noche de la habitación neolaredense, cuando empecé a cantar Todo cambia, Arminé se me unió y a los

pocos versos dejé que ella se bebiera, sola, toda la canción. Ahí supe que sí, que seríamos buenos amigos. Estas letras, dan fe de ello. Al día siguiente me entero que, además de poeta, es dibujante. Me regala una de sus ilustraciones, un gorila en tonos ocres y cafés cuyo título es Lula. En la parte posterior viene una dedicatoria: tocada por ti, por tu canto generoso, profundamente humano. Yo le regalo la Antología de Colectivo3, esa narrativa que escribimos mis amigos mantenses y yo hace algunos años. Esta es una amistad que empieza. Ojalá.

6

El sábado por la mañana iniciamos con Homenaje a Dolores Castro, con la presentación del libro *Soy todo lo que vuela*, a cargo de Carmen Amato. Un libro con fotografía de Carmen y textos de Dolores. Un ejemplar bello desde su concepción como libro-objeto, además, desde luego, del trabajo fotográfico y literario. Me traje uno. Algo me dice que lo disfrutaré.

Luego, Celeste Alba Iris, quien es la coordinadora general del Encuentro, presenta el portal electrónico *La Isla de tus ojos, Mujeres de la poesía cubana en el siglo nuevo*, producto de su estancia artística reciente en la isla del Caribe. Es el primer portal, el único hasta hoy, de literatura cubana escrita por mujeres. Debo escribir, quiero escribir, que entre Celeste y yo hay una amistad de veinte años. Con aproximaciones y alejamientos, pero nos hemos conservado. Me parece digno de escribirse. Ambos éramos jóvenes, ella, desde luego, más que yo. La amistad, esa cadena de eslabones de hierro, esa cadena de eslabones de nube. Ahí vamos.

Mujeres de la poesía, es la siguiente sesión. Ahí están Lorena Illoldi; Erika Said, a quien por fin pude entregarle mi *Zarzo de los Pemoles*; Andrea García de León, con quien, luego de su lectura, hice un trueque: me dio su libro *El Viaje de la Efigie* y yo le entregué mi *Décimas*. Romina Cazón, de quien me traje su libro *Artefatu*, ediciones El Humo.

Disfrutamos luego de la Exposición Fotográfica de Gabriela Chávez, presentada con apoyo de Romina, con un estilo muy a lo radiofónico, bien coordinadas, sintoniando la misma frecuencia no sólo literaria, sino emocional. Fotografías en blanco y negro de varias ciudades del país, donde sombra y luz habitan como hidrógeno y oxígeno en el agua. Bah, qué cosas escribo, pero eso me pareció. Y como a nadie faltó, así lo dejo.

Después vino el Tarot Poético, a cargo de Lucía Mendoza Cano. Yo la había abordado el día anterior porque me despertaba curiosidad el título de su participación. No me adelantó gran cosa. Supe que es de Chihuahua y que trae un libro, *Larvario*, de narrativa, premio estatal, publicado en dos mil cinco. Se sentó Lucía y en una mesita circular puso la baraja. Cada uno pasamos a escoger, al azar, nuestra carta. Yo fui el segundo en hacerlo. Tomé el rey de bastos y ella leyó en voz alta, por micrófono, mi destino, que venía inscrito en la parte posterior del naipe: Se secará tu voz y serás invisible. La tierra seguirá girando sobre su órbita precisa. En vano buscas ojo enloquecido: Vicente Huidobro. Permanecí tres segundos, tres siglos, tres edades ciegas, frente a Lucía. Primero triste, luego arrobado,

después sonámbulo. Y así, con paso inseguro, regresé a mi silla. A la mañana siguiente hice un trueque con la lectora del tarot poético: ella me dio su libro de cuentos *Larvario*, yo le entregué ese manojó de sueños que lleva por título *Espiral de luz*.

Después llegó *De Viva Voz*, poesía de José Olvera, Mary Paz Mosqueda, Neftalí Gómez, Roberto Valenzuela, Karla Juárez, Anita Silva, conducido por Jacobo Mina.

8

Todos queríamos ir al mar. Bueno, quizá no todos, pero uno usa esa expresión cuando el deseo lo rebasa. Contábamos con poco menos de una hora, nada más. Y aún así, fuimos. La mayoría anduvieron descalzos por la playa, sólo mojándose los pies; algunos se animaron y fueron mar adentro. Sandra Ruth, Celeste y yo caminamos por la escollera; nos sentamos en una de las piedras mientras charlábamos; vimos pasar un barco enorme, lento, flotando en el oleaje rumbo al muelle. Me pareció una visión. Cierto, esto sucede todos los días en este lugar, pero yo nunca había visto tan de cerca un barco de ese tamaño pasar apenas a unos metros de mis ojos. Quise pensar algo, hacer una analogía con el transitar en la vida, por ejemplo, pero el asombro no lo permitió. Mis compañeras seguían con la charla como si nada fuera de lo común sucediera. Y así fue en efecto: nada extraordinario pareció suceder, porque en apenas dos minutos ya el barco se había ido y sólo quedaba su gran estela sobre el agua. Así pasa y se va la vida, como el barco, al fin pude imaginar; la estela son los recuerdos, que luego también se deshacen.

En Torratos Café Gourmet, celebramos la lectura de Gloria Gómez Guzmán y Arturo Castillo Alva. Yo estaba sentado con Olivia; en la mesa contigua se hallaba Marisol. Primero leyó Arturo, después Gloria. Nosotros, quiero decir, el público, escuchamos atentos y al final, un mar de aplausos —veníamos del mar— llevó sus olas hasta el café. En la sesión de preguntas y respuestas, alguien sugirió que Arturo leyera algo más. Y ahí fue cuando sucedió lo que no debo contar. No lo escribas, ordena mi autocrítica fiera. Pido y no pido perdón por hacerlo. No lo contaré pues, no voy a escribir: cuando el poeta empezó a leer: *Señoras y señores/ estimados y finos amigos que esta noche me han invitado a leer mis memorias/ esperando que les hable de un hombre feliz/...* entonces ya no pude más, ¡por qué carajos soy como soy!, pensé como tantas otras veces, al momento en que ponía la frente sobre mis brazos cruzados en la mesa, y quedaba mirando al piso, ¡por qué carajos!, y empecé con el ardor en los ojos; a medida que seguía escuchando palabras, las insubordinadas gotas de vidrio líquido caían como canicas locas al piso y se iban rebotando entre los zapatos de la concurrencia. La mano de Olivia en la espalda. Marisol y su brazo en los hombros. Ninguno dijimos palabra. Terminó de leer mi amigo. Vino a la mesa, algo comentó. Me acerqué, mudo, le di un abrazo. Si quieres, ve a la casa y nos tomamos unas cervezas, dijo. Quienes no lloran, padecen miseria espiritual, pensé, pero tampoco eso, aclaro, voy a escribirlo en estos renglones.

Ahora estoy aquí, en la sala de casa de mis amigos. Hemos tomado algunas cervezas. Acuno la guitarra en las rodillas. Canto seis o siete canciones que mi padre cantaba cuando fui niño. Para mi sorpresa, entusiasman a Castillo Alva. Luego charlamos. Vuelvo a cantar. Divagamos. Olivia se retira a dormir temprano. Nosotros seguimos. Él está contento, casi podría decir, feliz. Es la primera vez, en los más de veinte años que le conozco, que lo veo así. Le hablo de mi hermano Miguel Ángel, quien murió muy joven, de su sueño de un país justo, de su filiación política, de la vez que le dijera uno de sus detractores: tú, cabrón, siendo comunista, por tus actitudes para con los que te rodean, estás más cerca de Dios que muchos de nosotros. Me hubiera gustado conocer a tu hermano, dice. Luego, me cuenta de su padre: le gustaba andar bien arreglado, era guapo; me habla de la calle donde él creció, Tula esquina con Morena. Viene a mi mente un pasaje que alguna vez leí en uno de sus libros: *Cuando yo esté ya muerto y en mi boca sin labios/ ni siquiera un gusano recuerde que cantaba/ y revele la mosca volando de mi cráneo/ la dulzura de sueños que me avergonzaron*. Es apenas un pequeño fragmento y ahora busco el libro para transcribirlo. Tiene muchas hojas despegadas: pienso en lo deshojado de mis días, de nuestros días, lo deshojado de los versos que alguna vez. ¡No te pongas así Carletto!, grita con cierto dejo de alegría. Ya son las tres y media, casi la madrugada. Arturo y yo nunca hemos platicado de literatura, jamás sesudas disertaciones, y sin embargo, él es el poeta quien, de viva voz, me acercó —si es que cercanía tuve alguna vez— a

ese universo inextricable que es el poema. Y pienso que estos renglones son un buen lugar para celebrarlo.

11

Aquí vuelvo ya. Regreso temprano. No me quedé a la ceremonia de clausura. Me despedí de la mayoría, al menos eso creo. Dije a Celeste que viajaría por la mañana; nos despedimos, no con tristeza, sino con algo parecido a la armonía interior, ¿alguien podría creerlo? Nos dimos un breve hasta luego, un largo hasta pronto, nada más. Vengo en autobús. Asiento número veintitrés. Pasa el paisaje con rapidez lenta, quizás como pasa la vida. Aunque a veces creo que pasa con la velocidad como lo hace el paisaje por la ventanilla del avión cuando aterriza, o como el enorme barco que vi ayer entrando al muelle. Duermo un buen tramo de carretera. Despierto casi a las diez de la mañana. A esta hora, pienso, estarán clausurando, jubilosos. Sonrío apenas. Ya casi llego. Muchas imágenes de los recientes santos días, pasan por mi cabeza. Recuerdo lo más que puedo recordar, recuerdo la dedicatoria de Lucía en su libro: Carlos, si yo no conociera el mar, me lo hubieras enseñado en tu guitarra. El autobús se detiene. He vuelto a casa.

La Canela

Hace poco más de cuatro meses, *La Canela* llegó a la calle donde se ubica la casa de mi madre. Desde la primera noche que pasó ahí, los vecinos de enfrente sacaron unos trapos y se los tendieron en la banqueta. Venía sola. Sola, quiere decir sola. Se echó a dormir, pero antes de la media noche, jaló su cama de trapos, cruzó la calle y durmió recargada en la barda de la casa de los tulipanes.

La Canela tiene el pelambre fino, en color café claro, sus orejas son largas, su andar pausado. A los pocos días ya era parte del paisaje. Todos la trataban como si fuera una vecina de años. Salían temprano, le daban algo de comer. Ora en una casa, ora en otra. Y *La Canela* se daba a querer con cualquiera. Jugaba con los niños, ladraba a las bicicletas, te olía las bastillas de los pantalones cuando ibas de visita, platicaba noche a noche con el velador del barrio; encaminaba a mi hermana y a mi cuñado, cuando ya oscuro, se iban a pie a su cercana casa; los encaminaba hasta la esquina, ahí, ellos le decían, ¡regrésese *Canela!*, y ella muy obediente, volvía a su camastro de trapos.

Cada día, por la mañana, llevaba su cama a la banqueta de enfrente, que era donde se la habían regalado, y cada noche, la volvía a traer a la casa de los tulipanes amarillos, donde, echada entre la banqueta y la barda, dormía. Fue así que mi madre llegó a quererla tanto. Alcanzaba, tal vez, los treinta centímetros sobre el suelo, era juguetona y movía poco la cola. A momentos te miraba con sus ojos saltones y entonces te invadía un escalofrío como de ternura.

Sin darme cuenta —apenas ahora lo descubro— la mayoría de los renglones los he escrito en tiempo pasado: llegó, venía sola, durmió, cruzó la calle, jugaba, platicaba con el sereno, se daba a querer, olía el dobladillo de los pantalones. No, no es que haya sido éste un recurso literario. Lo que sucede es que hoy por la mañana, mi hermana estaba muy triste cuando nos dijo: amaneció muerta *La Canela*.

Sesenta vueltas al sol a costa del corazón

*Sin embargo, cada vez que debo hablar de
mí mismo me siento, en cierto modo, confuso.*

*En consecuencia, ¿hasta qué punto se ajusta
a la verdad el yo que retrato?*

Haruki Murakami

*

Ha llegado la fecha. La vida o la muerte no opinaron lo contrario. Hoy cumpla sesenta años. Lo escribo con asombro real y no puedo evitar mirarme a los veintiuno, en el cuarto de azotea del edificio de la calle Pitágoras, en medio de aquel universo de luces que a las once de la noche me parecía, desde la ventana, la Ciudad de México, pensado en que no iba a llegar más allá de los cuarenta. No es un artilugio retórico este recuerdo que transcribo aquí. Eso pensaba en aquella edad. Tenía suficientes razones —y más— para que por mi cabeza anduvieran esas ideas. Ya las escribí, una y muchas veces, en otros espacios y al menos hoy —a diferencia de otras ocasiones— no quiero que llueva sobre mojado, de modo que, aquellos argumentos no los rumiaré aquí por enésima vez.

*

Pero también es cierto que escribo de mí con descaro. ¿De qué otra manera podría tolerarme? A los dieciocho años, cuando los desarreglos emocionales empezaron a hacerse presentes y anunciaron, éste serás toda tu vida, pensé, con un muy alto porcentaje de certeza, que a medida en que fuese ganándole edad al tiempo, poco a poco, me acercaría a ese estado de paz interior que ya por entonces empezaba a parecerme un ente esquivo.

*

Sucedió que pasaron los días, se amontonaron en meses y éstos acumularon años. Y no. Ni por asomo se hizo presente aquella armonía interna, que por cierto, a medida que más la he buscado, mayor ha sido la osadía por no encontrarla. Es cierto, he vivido momentos espléndidos y no pocas veces he gritado en mi silencio: ¡soy el hombre más feliz del planeta! Podría haber una buena dosis de egoísmo en tal actitud, lo sé, pero las sensaciones que en esos momentos rebasaban la conciencia, así exigían que lo hiciera. Y, la verdad, yo nunca fui usurero con mis emociones.

*

Una de esas veces, fue cuando mi madre salió a despedirme al zaguán de la casa en mi primer día de clases. Esta imagen aparece nítida en la memoria: está mi hermano mayor, mi madre y yo. Es probable, no recuerdo

bien, que mi hermana menor y el más pequeño de la tribu, aún estuvieran dormidos. Ahí estamos, con los cuadernos bajo el brazo, recién peinados, estrenando pantalón azul y camisa blanca. Adiós mamá. Adiós hijos, cuidense mucho.

*

Otra fotografía es aquella cuando a las nueve de la noche ya con dieciocho años cumplidos, abordo por primera vez el ómnibus que me llevará a la capital del país. La cara pegada al cristal de la ventanilla, mirando, sin darme cuenta cabal de lo que sucedía. Las manos de mis padres, pequeñas banderas, buen augurio, al viento.

*

Desde luego, entre los años y los días que separan a estas fotografías, hay otras, algunas de las cuales, no por tristes, son menos bellas. Una, quizás la más recurrente en la memoria, es aquella del primer domingo de un marzo perdido casi a la mitad de la década de los sesenta, cuando emigramos del pueblo: ahí está la camioneta, *La Colorada*, repleta de escasas pertenencias; con una familia que partía de tarde —y partía su destino en dos— al irse a vivir a la ciudad.

*

Cómo fue que subí cada escalón. No lo sé. Cuando me di cuenta, ya estaba en el siguiente. Dormí cada noche sin saber si era la última; desperté cada día por obra

y gracia del azar. Nunca hice planes, ni a corto, a mediano o a largo plazo. Tuve sueños, tengo aspiraciones, muchas; aún hoy, soy propietario de no pocas fantasías. Pero nunca tracé un plan: mañana haré esto, el año que entra tendré aquello, en diez años viviré de tal manera. Nunca.

*

Se dice que es irresponsable quien no piensa en el futuro. No lo sé, no sé si lo es más, quien desperdicia el presente viviéndolo entre enmarañados proyectos.

*

Muchos años pensé que yo era propietario de la razón —y en su totalidad, además— al pensar de esta manera. Mucho tiempo creí que mi forma de vivir era la más sencilla y apta para estar bien con uno mismo, que no es poco decir, porque, como bien se sabe, de ahí deriva estar bien con los demás. Al paso de los años, ahora por ejemplo, que llego a los sesenta, concluyo que esta afirmación carecía, en cierta medida, de certidumbre. Me equivoqué muchas veces, lo reconozco, en especial en dos o tres etapas de mi vida; pero esas dos o tres particulares circunstancias en las cuales erré, pesan lo que un mundo en los hombros de una espalda en llamas. Se dice que es de sabios perdonarse. Se dice. En estos menesteres me confieso un total inexperto. Pero si algo aprendí en los años dedicados a escribir —que no han sido pocos ni muchos ni quién sabe— es a intentar la verdad. O a decir mi verdad, que no es la absoluta, pero que en un mundo

de apariencias, éste de nuestros días, algo es algo. Aunque claro, no soy (tan) ingenuo: dije escribir, no vomitar todo lo que soy, que además, es empresa imposible, porque, por principio de cuentas —y no estoy descubriendo el agua tibia— nadie sabe lo que es.

*

Otra fotografía feliz es aquella en la que estamos Esperanza y yo, de diecinueve y veintidós años, respectivamente, viendo un atardecer, mientras el sol cae en el horizonte marino de la bahía: yo arrobado por la visión; ella, sorprendida de que alguien se maraville tanto por una puesta de sol como las que ha visto tantas veces en su vida.

*

Otra foto de aquellas —únicas, me gusta escribir, aunque no sé si la palabra única admita el plural— es en la que nos vemos los dos, ella y yo, y mi padre, que nos hace compañía, caminando por las calles cercanas al hospital, esperando el momento, porque en breves horas, que luego se alargarán terriblemente, nuestro primer hijo nacerá. Ella con su vientre abultado, serena, todavía sin mucho dolor.

*

Esto que describiré ahora, más que fotografía, es un dibujo. Un dibujo trazado con pinceles de alambre de púas

y lápices retorcidos: Al fondo del salón está un ataúd y dentro de él, mi hermano, el mayor, yace muerto. Toda la tribu hemos venido, a pesar de que son apenas las primeras luces del día. Somos muchos. Todos lloramos. No en secreto ni sobre un pañuelo. Lo hacemos a grito desgarrador. No nos importa quién observe o lo que puedan decir de nosotros. Nuestro llanto se escucha en la banqueta de la funeraria, en los árboles de la plaza, en el cielo de la ciudad, en otras ciudades, en otros países, en los recónditos rincones del universo. No nos importa. En los recientes sesenta años, nadie, de nuestra familia, había muerto. Cargábamos con esa leyenda. A mi hermano le tocó romper el mito. Qué puta desgracia, digo siempre.

*

¿Más fotografías? Aquí hay otras. Esta es de mi hija, la segunda del clan particular: anda por los cinco años, está de pie, recargada en un trozo del tronco del eucalipto de casa de mis abuelos que, una vez talado, traje a casa; viste pantalón de mezclilla azul y blusa blanca con vivos rojos y calza botitas negras. Me mira a los ojos y sonrío, como lo hará a partir de ahora y hasta siempre. Ella no lo sabe, nadie lo sabe: cuando vi aquella imagen, desde una de las sillas del comedor, dije en voz baja: daría lo que de mi persona me pidieran, a cambio de que ella mire y sonría de esa manera toda su vida. Lo pensé con tal intensidad, que ahora, muchos años después, puedo asegurar que el ruego fue escuchado. La risa y la mirada de mi hija, desde entonces, tienen un efecto benéfico, como ningún otro suceso o medicamento podrían tener,

para el sereno latir de ese animal desasosegado que late en el costado izquierdo.

*

Fotos, más fotos. Aquí está otra que también duele. Estamos recién casados. Asistimos a un concurso de canto. Subo al escenario guitarra en mano. Canto ante escaso público y numeroso jurado, la canción El Abuelo, que escribí hace cinco años. Nos vamos a casa sin ganar premio alguno. Al día siguiente, muy temprano abordamos el autobús que nos llevará al pueblo en donde vivimos. A las cinco y cuarenta y cinco de la madrugada, el autobús choca de frente contra un tráiler cargado con bultos de azúcar. El autobús queda hecho un acordeón. Entre el griterío caótico, alcanzo a empujar a Esperanza para que sea la primera en salir del camión. Luego, todo se me vuelve oscuro. Me desmayo. Ella me platicará, después, que dijo a los pasajeros: antes de salir —estaba en el boquete que se había abierto en el techo del autobús— ayúdenme por favor con mi esposo. Por suerte, había gente que nos conocía, se apresuraron a sacarme. No respirabas, así que debí darte respiración de boca a boca y buscar entre tus bolsas del pantalón —rápido, muy rápido— el Salbutamol en aerosol que siempre llevas contigo y hacer que lo inhalaras por la boca seis o siete veces, hasta que por fin empezaste a respirar de nuevo. Luego, vinieron diez días de hospitalización, sello de agua en el pulmón izquierdo, fracturas costales y de clavícula. Te debo la vida, le dije. Le debo la vida, lo sé. Y en este punto en especial, soy un deudor vasto:

también le debo la vida a mi madre Adelaida, a Lucio mi cuñado, a Ricardo mi hijo. Y todas, sin excepción, son deudas impagables.

*

Estoy en deuda conmigo. ¿Cuánta gente está en deuda consigo? ¿Seas como seas hay millones como tú en el planeta? ¿Será de interés para alguien, leer la historia de un hombre común?

*

Tengo aquí muchas instantáneas. Algunas en blanco y negro, otras en color, aunque algunas, por el paso de los años se han ido destiñendo: tengo la de aquel día en que mis amigos y yo salimos huyendo de una casa a donde nos habían invitado, porque un servidor, guitarra en mano y ya con tres cervezas entre pecho y espalda, empezó a cantar cosas que a la familia, que apenas conocíamos, le lastimaban los oídos y el espíritu; tengo la del día en que decidí separarme del grupo de diez amigos con los que vivía, mientras cursaba la universidad, porque yo quería vivir solo, estar en silencio, escribir lo que traía atorado en la garganta y porque, perdonando la expresión —de verdad, ruego se me perdone, pero comprendan, sólo tenía diecinueve años—, porque quería ser poeta.

*

Tengo aquí otra imagen: camino a paso lento por Avenida Universidad mientras llovizna; voy sin rumbo y sin pensar en la hora en que volveré. No sé si es la más entrañable. Hay días en que así lo creo. Siempre me sentiré un hombre solo. En pareja, en familia, con amigos, en el trabajo, entre la muchedumbre: solo. No sé si sentir y ser, en este caso, sean sinónimos. Está solo quien se siente solo, dicen.

*

Las crisis de pánico que llegaron una y otra vez, devastadoras, a cualquier hora del día, en cualquier lugar, hasta que, una de esas me llevó a la Unidad de Cuidados Coronarios en un hospital de alta especialidad. Estar varios días internado. Monitores, cables al pecho, soluciones intravenosas, tranquilizantes, electrocardiogramas, reposo. Y semanas después, luego de ser dado de alta, pasar la prueba de esfuerzo: correr en la banda sin fin, literalmente, por tu vida, para al final escuchar la voz, ¿alegre?, del cardiólogo: ¡excelente!, puedes seguir viviendo a costa del corazón.

*

La noche interminable cuando, en Tampemol, rodeado por los ancianos del pueblo, a la luz de un quinqué, pasé la noche más disneica que niño alguno —cinco años— pudiera pasar. Siempre he pensado, cuando veo esta fotografía,

que no era casual la presencia de los ancianos rodeando a un niño que en cada respiración parecía morir. Algo esperaban. Y no.

*

Hay más fotografías. Muchas más. Pero ya no me da el tiempo, ni tengo el humor o la desvergüenza, para ponerlas aquí. Además, algunas imágenes recientes jamás las podría poner en sitio alguno; nunca, de verdad, lo haría. No lo soportaría, no al menos ahora. Pero ahí están, no puedo negarlo. Y no me atormento demasiado por el hecho de que así sea: sé que todo ser humano tiene en su haber, fotografías propias que nunca mostrará.

*

Así que ahora, describiré la foto de mi presente: estoy sentado, frente —o detrás, vaya uno a saber— de una computadora; mi cuerpo sigue siendo en extremo delgado; el pelo aún crespo y abundante, aunque ya entrecano. Los anteojos son los mismos, quiero decir, no sería yo si no llevara lentes. Visto pantalón de mezclilla, botas mineras y camisa a cuadros en tonos verde claro. Por dentro ando igual: sin sosiego: precisamente ahora, tengo en la garganta la sensación como de haberme tragado toda una noche árida.

*

Antes de terminar, veo aquí esta imagen que no podría dejar de mostrar: es mi hija, la menor. Estamos en una fiesta. Toma el micrófono y, sobre una música pregrabada, canta *El hombre del piano*. Su voz le brota nítida, tan clara como sus quince años: *toca otra vez viejo perdedor/ haces que me sienta bien/ es tan triste la noche y tu canción/ sabe a derrota y a miel*. ¿Canta esa canción para mí? La verdad, no sé si gritar o salir corriendo hasta alcanzar el horizonte.

*

Pero volvamos a la foto de este momento: en realidad, quisiera escribirla como si fuera una serie de fotografías que confieren movimiento a la escena (que es como las he venido describiendo a todas, ahora me percató): me pongo de pie, dejo las letras, voy a la ventana, miro largo rato el cielo. Vuelvo a la mesa. Quiero seguir escribiendo. Todavía no soy poeta, no al menos el que soñé a los diecinueve. Espero no llegar a serlo nunca: todos los días dejar la vida en el intento y nunca serlo.

*

Una última imagen, reciente por cierto. Es diciembre. Están en casa, de visita, nuestros nietos Julieta y Adrián, hijos de Ricardo y Nadia, de casi dos años de edad. Por la mañana hemos ido al vivero y compramos un pequeño árbol de mango y una planta de jazmín. Y ahora los estamos

plantando —con Adrián el mango, con Julieta el jazmín— en el patio de la casa. Los niños ayudan echando puños de tierra y luego pisándola fuerte. Cuidaremos estos árboles, les ayudaremos a crecer. De esta manera, creemos, ellos estarán siempre, cerca de nosotros.

*

Ha llegado la fecha. La vida o la muerte no dijeron lo contrario. He cumplido sesenta años. En número aproximado: dos mil doscientos millones quinientos veinte mil latidos. No parece que así sea. Y sin embargo.

Índice

Escribir	11
----------------	----

A costa del corazón

<i>El Niño</i>	15
Abuela María	19
Huasteca	25
Locutor	27
Guitarra	33
<i>La Sombra</i>	39
UNAM de mis años	45
Viajar por amigos	51
La pianista.....	69
Diecinueve de septiembre	77
Primero de mayo	83
Crónica de San Antonio	89
Carta Fantini	99
<i>Marotas</i> en el Metro	101
Una carta	109
Santos días los de la poesía	115
La Canela	127
Sesenta vueltas al sol a costa del corazón	129

Sesenta vueltas al Sol
Carlos Acosta

Este libro se terminó de imprimir el
15 de noviembre de 2015,
se utilizó la fuente Bell MT.
Se imprimió en papel cultural.
Su tiraje fue de 500 ejemplares.

Ha llegado la fecha. La vida o la muerte no

Ha llegado la fecha. La vida o la muerte no opinaron lo contrario. Hoy cumpla sesenta años. Lo escribo con asombro real y no puedo evitar mirarme a los veintiuno en el cuarto de azotea del edificio de la calle Pitágoras, en medio de aquel universo de luces que a las once de la noche me parecía, desde la ventana, la Ciudad de México, pensado en que no iba a llegar más allá de los cuarenta. No es un artilugio retórico este recuerdo que transcribo aquí. Eso pensaba en aquella edad. Tenía suficientes razones —y más— para que por mi cabeza anduvieran esas ideas. Ya las escribí, una y muchas veces en otros espacios y al menos hoy —a diferencia de otras ocasiones— no quiero que llueva sobre mojado, de modo que, aquellos argumentos no los rumiaré aquí por enésima vez.

Carlos Acosta

llegar más allá de los cuarenta. No es un artilugio retórico este recuerdo que transcribo aquí. Eso pensaba en aquella edad. Tenía suficientes razones —y más— para que por mi cabeza anduvieran esas ideas.

